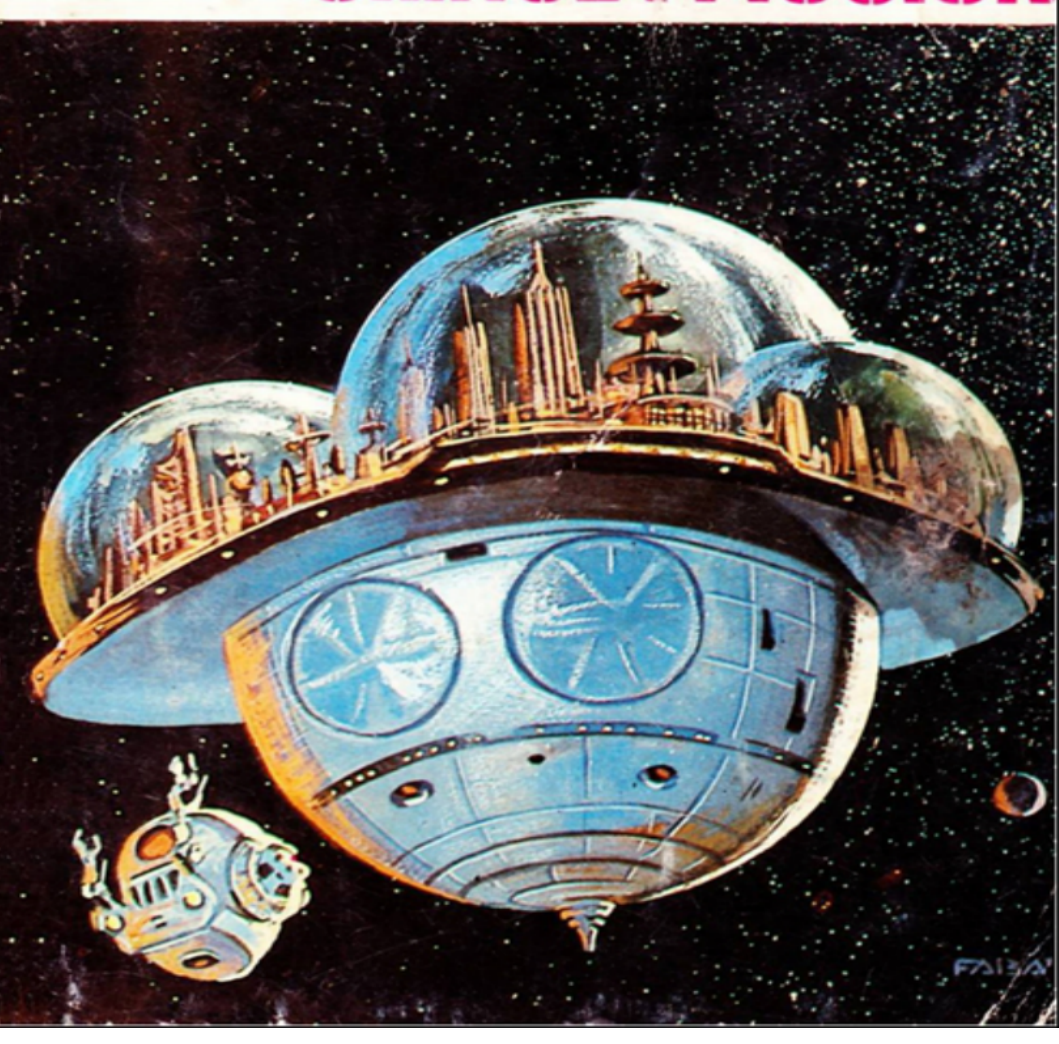
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

IMPERIO FLOTANTE

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



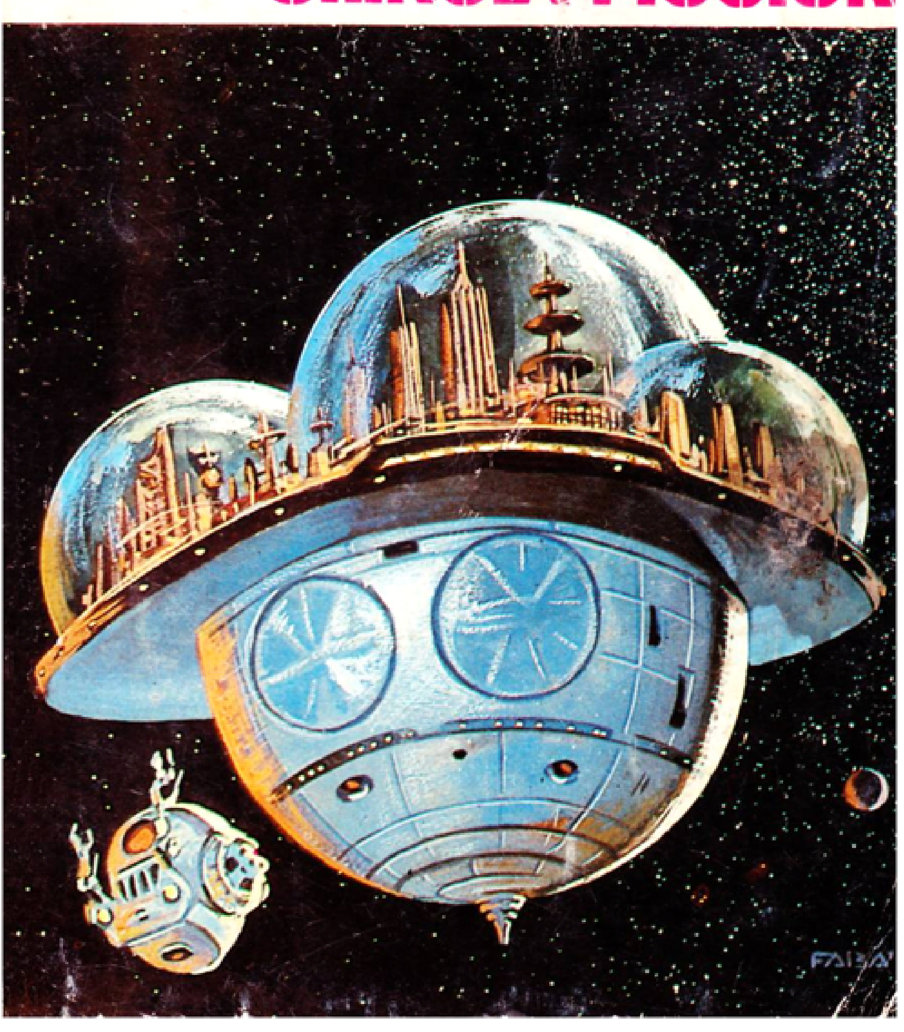
BOLSILIBROS BRUGUERA

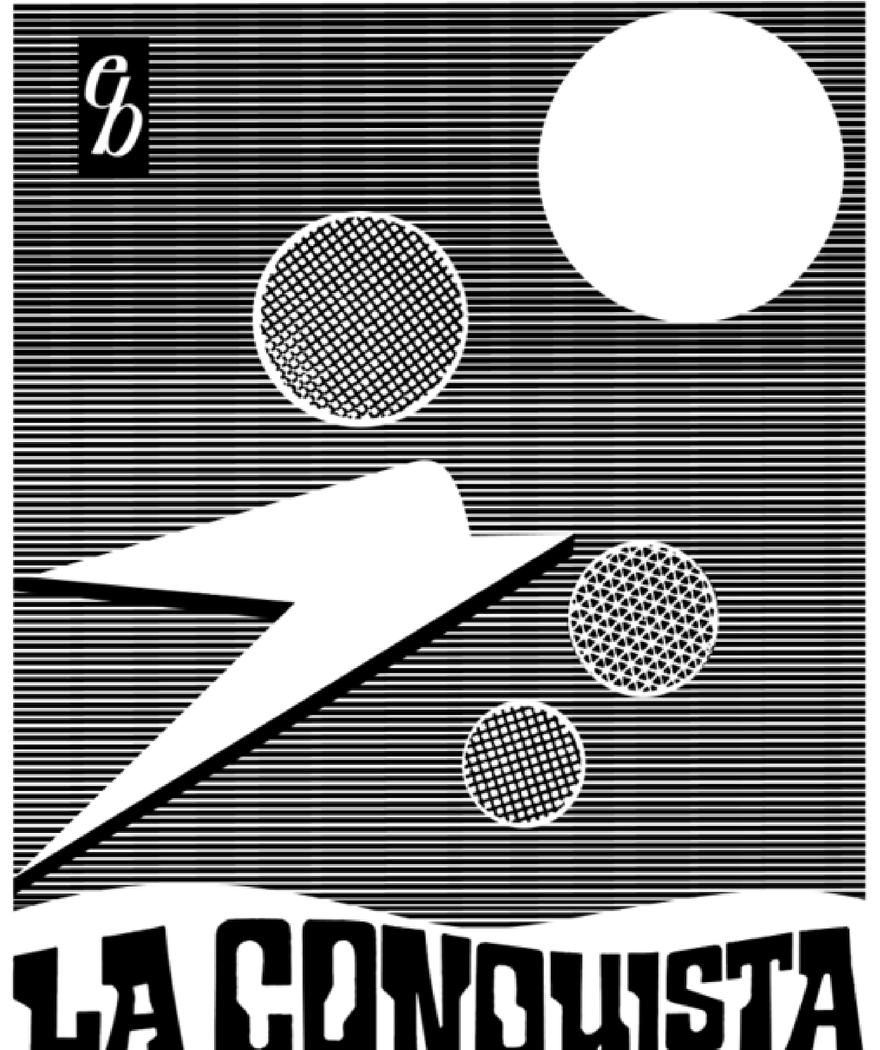
la conquista del ESPACIO

IMPERIO FLOTANTE

Joseph Berna

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — ¡A la cama, terrícola!; Ralph Barby.
2. — Universo sin fronteras; Glenn Parrish.
3. — *«Experimento Gamma»;* Curtis Garland.
4. — Investigador privado siglo XXII, Ralph Barby.
5. — *Permiso de invasión;* Glenn Parrish.

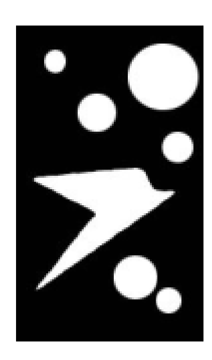
JOSEPH BERNA

IMPERIO FLOTANTE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n° 417

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 22.026- 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: agosto, 1978

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1976

CAPITULO PRIMERO

A bordo de la astronave «Mercurio-2000», se había organizado una pequeña fiesta.

Era la noche del 31 de diciembre del año 2045.

Sólo faltaban unos minutos para que el reloj electrónico del puente de mando marcase las doce.

Bueno, en realidad marcaría las veinticuatro horas, pues era un reloj digital, como todos los que había instalados a bordo de la «Mercurio-2000».

Pero como era la noche de Fin de Año, nadie pensaba en las veinticuatro horas, sino en las doce de la noche.

Era lo tradicional.

Y lo seguiría siendo por muchos años.

El paso de un año a otro siempre sería un acontecimiento.

Algo digno de celebrarse, fuesen cuales fuesen las circunstancias.

Y las circunstancias, para la tripulación de la «Mercurio-2000», no eran demasiado gratas.

Se hallaban muy lejos de la Tierra.

Del Sistema Solar, incluso.

En viaje de exploración espacial, iniciado cuatro meses antes.

Y aún tardarían por lo menos ocho más en estar de regreso en la Tierra.

Todo un año alejados de su planeta.

De sus familiares.

De sus amigos...Algo muy duro de soportar, aunque ningún miembro de la tripulación de la «Mercurio-2000» profería la más leve queja.

A todos ellos les encantaba viajar por el espacio sideral y descubrir nuevos planetas, con la esperanza de hallar alguno habitado, por seres iguales a ellos o no, eso era lo de menos.

Lo importante era hallar vida en algún lugar.

Vida humana.

Hasta la fecha, eso no había sucedido.

Habían descubierto planetas con vida vegetal y animal, pero no humana.

Pero nadie perdía la esperanza.

Era lógico pensar en otros mundos habitados.

Forzosamente tenían que existir.

Y ellos los encontrarían, tarde o temprano.

Rick Texman, comandante de la «Mercurio-2000», un hombre de treinta y dos años de edad, alto y fornido, de pelo negro, abundante, y facciones varoniles, era quien más fe tenía en descubrir en aquel viaje, el más largo de los llevados a cabo hasta entonces por una astronave terrestre, algún planeta habitado por seres humanos.

Aunque también para él sería duro permanecer un año entero lejos de la Tierra, pese a no haber dejado en ella una esposa y unos hijos.

Pero sí otros seres queridos, como sus padres y sus tres hermanos, a los que no podría ver ni saber de ellos en doce largos meses.

Lógico y comprensible, pues, que el comandante Texman estuviese lleno de recuerdos y de nostalgia en una noche tan señalada como aquélla.

Como el resto de la tripulación.

De Rick Texman había sido la idea de organizar una pequeña fiesta aquella noche y celebrar así el paso del año 2045 al 2046.

Ni que decir tiene que la idea fue acogida con grandes muestras de júbilo por todos los miembros de la tripulación.

Era la primera noche de Fin de Año que pasaban lejos de la Tierra y de sus familiares y amigos, y a todos les había entristecido el pensar que, a bordo de la «Mercurio-2000», aquella noche iba a ser una noche más, idéntica a las anteriores y a las futuras.

Pero no.

El comandante Texman, a quien todos apreciaban y admiraban, por sus grandes cualidades humanas, su inteligencia y su valor, había querido llenar de alegría los corazones de los miembros de su tripulación con la celebración de una fiesta, en la que no iban a escasear el champaña y las más variadas golosinas.

Todo estaba a punto.

Sobre una improvisada mesa.

En cuanto el reloj marcase las doce, saltarían los corchos de las botellas y el champaña llenaría las copas.

Todas las miradas, con un cierto brillo de emoción, estaban fijas en el reloj.

1. .

1. .

1. .

Todo el mundo contuvo la respiración.

El silencio era tan absoluto, que parecían oírse los latidos de los corazones.

1. .
2. .

¡24!

- ¡Viva...! — gritaron varias voces a la vez, entre saltos de alegría,

¡Sssssploff! ¡Ssssploff! ¡Ssssploff!

Eran los corchos de las botellas, que ya estaban saltando ruidosamente, ahogando en parte las risas y los gritos de júbilo, entre los que destacaban los de Jeremy Hawley, un negro de poderosa complexión, tan noble como gigantesco.

Era el encargado de lanzar los misiles atómicos que llevaba a bordo la «Mercurio-2000», como principal arma de defensa.

- ¡Feliz Año Nuevo, comandante! — dijo Cliff Eliot, el segundo de a bordo, ofreciendo una copa a Texman.
- Era casi tan alto como éste, muy fuerte también. Tenía el pelo rubio y contaba veintiocho años. No era mal parecido.

Rick Texman aceptó la copa, con una amplia sonrisa en los labios.

- Gracias, Cliff. Lo mismo os deseo a todos.

Los miembros de la tripulación comenzaron a felicitarse mutuamente, dándose efusivos abrazos.

Buddy Acker, el encargado del radar, un joven de sólo veintitrés años, pelo rojizo y mejillas pecosas, con cara de ser más astuto que un zorro, debió pensar que lo de los abrazos estaba bien entre hombres, pero que cuando los que se abrazaban eran un hombre y una mujer — que también las había entre la tripulación, y muy guapas todas ellas, por cierto —, la cosa se quedaba pobre, que faltaba algo más, y por eso, sin meditarlo demasiado, además de abrazar a Virginia Benton, que tenía el cabello rubio y un perímetro torácico muy digno de tenerse en cuenta, la besó en los labios.

- ¡Feliz 2046, Virginia! — dijo a continuación, sin soltar el espléndido cuerpo de la rubia, cuyas curvas se encargaba de señalar el ceñido y cortísimo uniforme azul celeste que lucían todas las mujeres de la tripulación, y que se complementaba con finas mallas, del mismo color, y botas blancas, de alto tacón, que llegaban hasta la rodilla.

Virginia Benton, veintidós años recién cumplidos, se quedó paralizada, sin saber qué hacer o qué decir.

El inesperado beso del pecoso, pero simpático Buddy, en presencia de todos, la había desconcertado por completo.

Y no sólo a ella, sino al resto de la tripulación.

Buddy Acker se dio cuenta de que todos le miraban, súbitamente enmudecidos.

Incluido el comandante Texman.

Buddy se apresuró a soltar a Virginia y, tras emitir un nervioso carraspeo, balbuceó:

- ¿He… he hecho algo malo, comandante?

Rick Texman, con una picara sonrisa, repuso:

- Eso es Virginia quien debe decirlo, Buddy.

Buddy miró a la atractiva rubia, suplicando mudamente su comprensión.

Ella se dio cuenta de que Buddy se hallaba en una delicada situación y decidió sacarlo del apuro, para lo cual sonrió afablemente y dijo:

- No has hecho nada malo, Buddy. En realidad, y en una noche como ésta, una mujer se siente muy defraudada si el hombre que la felicita no le da un beso.

Y, tras su sorprendente respuesta, la hermosa Virginia se puso de puntillas — Buddy Acker medía 1,80 de estatura— y devolvió el beso al atrevido pelirrojo.

- ¡Bravo!—exclamaron varios hombres, rompiendo a aplaudir.
- ¡Bien por Virginia!—exclamaron varias mujeres, dando a entender que tampoco a ellas les importaría ser besadas por sus compañeros.

No fue necesario que lo dieran a entender dos veces.

Antes de un minuto, todo el mundo se estaba besando.

¡Era la noche de Pin de Año, qué demonio!

A Rick Texman sin embargo, ninguna de las mujeres de la tripulación se atrevía a besarle.

Y no era por falta de ganas, no, pues más de una, más de dos, y más de tres, estaban secretamente enamoradas de él.

Sucedía que era el comandante de la astronave, y claro, el respeto que le tenían frenaba sus impulsos.

A Rick Texman no parecía importarle que ninguna de las chicas se decidiese a besarle; pues contemplaba risueño y complacido cómo se besaban con los hombres de la tripulación, entre trago y trago de champaña.

De pronto, una de ellas se le acercó.

Sheila Wolf.

Una preciosa morena de veinticuatro años, de ojos verdes, grandes y luminosos, boca sensual, pechos firmes y armoniosos, aparentemente libre bajo el ligero tejido del uniforme, magníficas caderas, muslos largos, maravillosamente moldeados.

- Feliz Año Nuevo, comandante Texman — dijo, con una voz tan dulce y tan cálida, que parecía acariciar el aire.

Acto seguido, se irguió sobre las puntas de sus pies, apoyó sus manitas en el robusto pedio masculino, y le besó tiernamente en los labios.

Rick Texman sintió una extraña sensación.

Extraña… pero maravillosa.

Jamás había sentido sobre los suyos unos labios tan suaves, tan jugosos, tan deliciosos.

Y eso que él había degustado bastantes…

Lamentó que ella los retirara a los pocos segundos de haberlos pegado a los suyos.

Con gusto los hubiera saboreado durante una hora entera.

La miró a los ojos, larga y profundamente.

Ella le sonrió de forma encantadora, sin separarse de él.

Evidentemente, esperaba la devolución del beso.

- Feliz Año Nuevo, Sheila — dijo Texman, tomándola suavemente por la delgada cintura, y le devolvió el beso.
- ¡Bien por el comandante! — exclamó el pelirrojo Buddy, y

se puso a aplaudir rabiosamente.

- ¡Bien...!—gritaron a una todos los demás miembros de la tripulación, imitando a Buddy Acker.

Rick Texman y Sheila Wolf separaron sus bocas y volvieron a mirarse a los ojos del mismo modo que antes.

Pero no pudieron mirarse mucho tiempo, porque, rota ya la barrera del respeto hacia el comandante de la astronave por la morena Sheila, las restantes mujeres de la tripulación también quisieron felicitarle.

Besarle, se entiende.

Y le besaron.

Una por una.

Rick Texman devolvió todos los besos, aunque ninguno de ellos consiguió hacerle olvidar las deliciosas sensaciones que le produjo el primero, el que le dio Sheila Wolf.

La fiesta de Fin de Año siguió durante un buen rato, sin que decayera en ningún momento la animación y la alegría.

Y seguramente hubiera continuado algún tiempo más, de no verse interrumpida de pronto por el intermitente zumbido del radar.

El pelirrojo Buddy Acker dejó su copa sobre la mesa y se acercó rápidamente a la pantalla del radar.

- ¡Comandante! — llamó.

Texman ya estaba, junto a él.

Observando también el puntito luminoso que aparecía y desaparecía al compás del intermitente zumbido, en la parte superior de la pantalla del radar.

- ¡Todo el mundo a sus puestos! — ordenó Rick Texman.

En menos de diez segundos, cada cual estuvo en su lugar.

Cliff Eliot, el segundo de a bordo, de pie junto a Rick Texman, preguntó:

- ¿Qué cree que pueda ser eso, comandante?

- Un meteorito..., un asteroide... o una nave espacial extraterrestre — respondió Texman.
- Sea lo que sea, viene hacia nosotros.
- Sí, directamente.
- ¿Variamos el rumbo?
- No… Esperaremos a que «lo que sea» aparezca en la pantalla telescópica.
- Si se trata de un meteorito, no hay problema; pero si se trata de un asteroide, y es de gran tamaño, tendremos dificultades para esquivarlo y evitar la colisión. A la velocidad que en estos momentos viaja la «Mercurio-2000», un cambio brusco de rumbo sería muy peligroso — observó Eliot.
- Lo sé. Por eso, si resulta ser un asteroide de grandes proporciones, en lugar de variar bruscamente el rumbo lo destruiremos con nuestros misiles atómicos. Estate preparado, Jeremy —indicó Texman al corpulento negro.
- Lo estoy, señor — repuso Jeremy Hawley.

— Atentos todos a la pantalla telescópica — ordenó el comandante—. No tardará en aparecer en ella.

Así fue.

Tan sólo unos segundos después, el cuerpo volador que detectaba el radar aparecía en la pantalla telescópica.

La imagen, al principio muy pequeña, se fue agrandando rápidamente, y pronto se pudo apreciar claramente lo que era.

A pesar de ello, de la nitidez de la imagen, todos los tripulantes de la «Mercurio-2000», desde el primero hasta el último, dudaron de lo que sus ojos estaban viendo.

Y, ciertamente, tenían motivos sobrados para dudar.

CAPITULO II

No era un meteorito.

Ni un asteroide.

Tampoco una nave espacial extraterrestre.

Era una ciudad.

Una ciudad flotante.

Una ciudad espacial.

Con sus edificios, de extraño diseño, sus calles, su aeropuerto...

Algo increíble.

Muy difícil de admitir.

Pero no había más remedio que admitirlo, porque la imagen estaba allí, en la pantalla telescópica, nítida y real.

Pese a todo, Cliff Eliot dijo:

- Me temo que el champaña nos está jugando una mala pasada, comandante...
- El champaña no tiene nada que ver en esto, Cliff — repuso Rick Texman.
- Pero eso que estamos viendo en la pantalla...
- Existe, Cliff. Por sorprendente que parezca, tenemos ante nosotros una ciudad flotante. Y corremos el riesgo de estrellarnos contra ella, si no variamos el rumbo rápidamente.
- Será muy peligroso, comandante.
- Tenemos que hacerlo, Cliff. Si fuera un asteroide, lo haríamos estallar en mil pedazos con nuestros misiles, pero no podemos lanzarlos contra una ciudad habitada.
- No, claro que no.
- ¡Sheila! —llamó Texman, volviéndose hacia la preciosa morena de labios jugosos, que tenía a su cargo el manejo del

computador.

- ¿Sí, comandante? — respingó ella.
- ¿Qué dice el computador?
- Vamos directos hacia esa ciudad flotante, señor. La colisión es inevitable, si no variamos el rumbo.
- ¿Cuántos grados?

Sheila Wolf consultó el computador y dio la respuesta a su comandante.

No eran muchos los grados que debían desviarse, pero suficientes para implicar un riesgo.

Riesgo que, como había dicho Rick Texman, era necesario correr.

Por eso, sin perder un segundo más, el comandante de la «Mercurio-2000» ordenó a Will Gabor, piloto de la astronave, variar el rumbo los grados precisos.

Will Gabor, de treinta y cinco años de edad, cabello revuelto y nariz aguileña, efectuó rápidamente la oportuna corrección del rumbo.

Los tripulantes de la «Mercurio-2000» contuvieron la respiración, al tiempo que se miraban unos a otros, con el temor reflejado en los ojos.

La maniobra no era demasiado brusca, pero.

Sí.

Podía sobrevenir la catástrofe.

Afortunadamente, la poderosa estructura de la «Mercurio-2000» resistió perfectamente la corrección de vuelo a tan asombrosa velocidad, y no resultó afectada en absoluto.

Todos los ojos se volvieron de nuevo hacia la pantalla telescópica.

La extraña ciudad espacial ya estaba muy cerca de ellos.

En cosa de segundos, podrían verla incluso a través del amplio mirador del puente de mando.

Claro que, sería una visión muy fugaz.

Como un pestañeo.

A la velocidad con que viajaban, no era posible más.

Pero a nadie le preocupaba esto.

Lo que les preocupaba era no estrellarse contra la ciudad flotante, y si el computador no había errado en sus meteóricos cálculos, la colisión no se produciría.

Los cálculos del computador resultaron correctos y la «Mercurio-2000» y la misteriosa ciudad espacial se cruzaron rozándose, pero sin llegar a tocarse, y nada que lamentar sucedió.

La ciudad flotante siguió viéndose en la pantalla telescópica, pero ahora por la cara posterior y alejándose.

Todo el mundo respiró tranquilo.

El peligro había pasado.

Sheila Wolf no pudo contenerse y le dio un beso al computador.

- ¡Cuánto te quiero, «Oscar»! — exclamó después.

La acción y las jocosas palabras de la bella morena provocaron las carcajadas del resto de la tripulación, incluido el comandante Texman, quien se acercó a la muchacha.

- ¿De veras estás enamorada de «Oscar», Sheila?
- ¡Como una loca! Si fuera de carne y hueso, me casaba con él — bromeó ella, provocando nuevas risas.
- «Oscar» se sentiría m.uy afortunado, seguro — piropeó Texman.

Los ojos de Sheila Wolf brillaron de un modo muy particular.

- ¿Usted cree, comandante?
- No me cabe la menor duda.
- También yo me consideraría una chica afortunada, pues «Oscar», además de ser muy inteligente, es bien parecido. Yo, al menos, lo encuentro muy atractivo — dijo la joven, con buen humor.

La tripulación volvió a reír.

Rick Texman observó la pantalla telescópica.

La ciudad flotante había desaparecido.

Texman se acercó al pelirrojo Buddy Acker.

- La ciudad espacial sigue tranquilamente su camino, comandante — dijo Buddy, los ojos fijos en la pantalla del radar.

El puntito luminoso intermitente estaba ya a punto de desaparecer definitivamente por la parte inferior de la pantalla.

Y desapareció, cesando el zumbido del radar.

Rick Texman miró a Will Gabor, el piloto.

Iba a ordenarle algo, cuando la pantalla de televisión comenzó a emitir la señal de llamada.

Todo el mundo guardó silencio.

Virginia Benton, la rubia que fuera besada por sorpresa por Buddy Acker, que era la encargada de las comunicaciones exteriores, miró a Rick Texman.

- ¡Nos están llamando, comandante!
- ¡Serán los de la ciudad flotante!—exclamó Cliff Eliot.
- Conecta la pantalla, Virginia —indicó Texman.

La muchacha se apresuró a obedecer.

En un principio, en la pantalla de televisión sólo aparecieron rayas y puntos luminosos, pero pronto desaparecieron por completo para dejar paso a la imagen clara y nítida de un extraño ser.

Extraño por el color de su piel, ligeramente azulada, pero no por su forma, totalmente humana.

Cabeza, pecho, brazos...

Era un ser igual a cualquier varón terrestre, si se exceptuaba el extraño tono de su piel. Se le podían conceder unos cuarenta y dos años.

Su cráneo estaba pulcramente afeitado y brillaba, como su pecho desnudo, repleto de músculos vigorosos todavía y sin el menor asomo de vello.

Daba la impresión de que tanto su cráneo como su tórax habían sido frotados recientemente con algún aceite especial, para proporcionarles brillo.

Al cuello, llevaba una gruesa cadena dorada, con un gran medallón, en el centro del cual aparecía incrustado un diamante tan grande como un huevo de paloma.

- ¿Recibís mi imagen y mi voz, hombres y mujeres de la Tierra? — preguntó el azulado ser, en tono grave y profundó,

Rick Texman intercambió una mirada con Cliff Eliot, su segundo.

Después, clavó sus ojos nuevamente en la pantalla de televisión y respondió:

- Las recibimos perfectamente, hombre de...
- De ningún sitio, comandante Texman.
- ¿Qué? — parpadeó Rick Texman.

El ser explicó:

- Todos nosotros hemos nacido aquí, en esta ciudad espacial, como nuestros padres, como nuestros abuelos, como los padres de nuestros abuelos... Son ya muchas las generaciones que han nacido, vivido y fallecido en Kracma-1, que es el nombre con que nuestros antepasados, los hombres que la construyeron, bautizaron esta ciudad flotante. Puede decirse, por tanto, que somos hijos del espacio sideral.

Los tripulantes de la «Mercurio-2000» se habían quedado boquiabiertos.

- ¿Cómo es que hablas nuestra lengua? ¿Y cómo sabes mi nombre? — preguntó Texman.

El azulado ser sonrió, mostrando unos dientes sanos y fuertes, correctamente alineados.

- Disponemos de poderosos cerebros electrónicos, capaces de captar sonidos y datos desde distancias increíbles. Vuestra astronave fue detectada hace ya muchos días terrestres. Nuestros cerebros electrónicos nos han facilitado tanta información, que no sólo podemos hablar vuestra lengua, sino que lo sabemos prácticamente todo sobre vosotros y vuestro

planeta, la Tierra.

- Asombroso. . — musitó Texman.
- Sabemos qué vais en busca de otros planetas habitados, no para más tarde atacarlos y conquistarlos, sino simplemente para conocer otros seres y entablar amistad con ellos e intercambiar conocimientos.
- Así es.
- Nosotros podemos daros abundante información al respecto, pues conocemos muchos planetas habitados, en ésta y en otras galaxias.
- ¿De veras…?
- Nos complacerá mucho ayudaros. En primer lugar, porque vuestros fines son totalmente pacíficos, y después, porque tú, comandante Texman, eres un hombre noble y valiente. Pusiste en peligro tu astronave al realizar un cambio de rumbo a tanta velocidad, para no causarnos ningún daño. Otro, en tu lugar, seguramente se hubiera asustado y habría ordenado lanzar varios misiles atómicos contra nuestra ciudad, para hacerla estallar en pedazos y tener el paso libre.
- Ningún comandante terrestre hubiera hecho tal cosa, te lo aseguro — repuso Texman.
- Tal vez no. Pero, aunque alguno lo hubiera hecho, no le habría servido de nada, pues Kracma-1 está dotada de medios de defensa sumamente eficaces. Nos hubiera sido muy sencillo interceptar vuestros misiles y destruir vuestra astronave. En realidad, esto último estuvimos a punto de hacerlo.
- ¿En serio…?
- Sí. Veníais directamente hacia nosotros y la colisión, si no hacíamos estallar vuestra astronave, era inevitable. Pero decidimos esperar hasta el último segundo, para ver qué decisión tomabais vosotros. Como fue la más noble, aunque también la más arriesgada, y la corrección del rumbo fue exacta, no nos vimos precisados a destruir vuestra astronave. Nuestros cerebros electrónicos nos garantizaron que ya no había peligro de colisión, y así fue.
- Sí, la maniobra salió bien.
- Os invito a venir a Kracma-1.
- Aún no nos has dicho tu nombre… — observó Texman.
- Soy Halmar, jefe supremo de Kracma-1 y del Imperio Dagma.
- Oh…
- Seréis bien recibidos y debidamente agasajados en nuestra ciudad. Y, además, os facilitaremos toda la información sobre los distintos planetas habitados, como antes os prometí.

Rick Texman cambió una mirada con Cliff Eliot.

Texman miró de nuevo la pantalla.

Este no dijo nada.

- Aceptamos encantados tu amable invitación, jefe Halmar.
- Magnífico — se alegró el azulado ser.
- ¿Vuestro rumbo sigue siendo el mismo?
- Sí, pero hemos reducido considerablemente nuestra velocidad. No os será difícil alcanzarnos.
- De acuerdo, Halmar. Estaremos en Kracma-1 lo antes posible.
- Os esperamos, comandante Texman — sonrió el jefe supremo de la ciudad flotante, y su imagen desapareció de la pantalla de televisión.

CAPITULO III

Corregir el rumbo de la «Mercurio-2000» tantos grados como era necesario, no fue tarea sencilla y llevó mucho tiempo, pese a haber reducido enormemente la velocidad.

Una vez conseguido esto, se aceleró de nuevo la potencia de los reactores nucleares que propulsaban la astronave, y pronto se alcanzó la misma velocidad de antes.

Un tiempo después, el radar detectaba nuevamente la ciudad flotante.

No tardó en aparecer en la pantalla telescópica,

Rick Texman ordenó a Will Gabor reducir de nuevo la velocidad, pues no tardarían en aterrizar en el aeropuerto de Kracma-1.

Los tripulantes de la «Mercurio-2000», mucho más tranquilos que en la ocasión anterior, observaron con más atención la extraña ciudad espacial.

Estaba construida sobre una plataforma circular que mediría unos quinientos metros de diámetro, y todos sus edificios estaban protegidos por gigantescas cúpulas transparentes, construidas con material evidentemente sólido.

Estas enormes cúpulas, unidas entre sí, permitían deambular tranquilamente por la ciudad a las gentes que vivían en ella, pues, para todos los efectos, era como si se hallasen en el interior de una gigantesca nave espacial, con la atmósfera, la gravedad y la temperatura adecuadas.

La plataforma circular que sostenía la ciudad se estrechaba progresivamente, como si de la parte inferior de una peonza se tratara.

El aeropuerto se hallaba en el lado derecho de la ciudad.

Esta, además de por la pantalla telescópica, podía contemplarse ya por el gran mirador del puente de mando.

La «Mercurio-2000» iba acercándose a ella, cada vez más lentamente.

Cuando la astronave terrestre estuvo sobre el aeropuerto de la ciudad espacial, Rick Texman ordenó:

- Aterriza, Will.

Will Gabor realizó la maniobra oportuna y la «Mercurio-2000» se posó suavemente en el aeropuerto de * Kracma-1, junto a otras cinco naves, cuatro de ellas muy pequeñas.

Apenas tomar tierra, la pantalla de televisión volvió a emitir la señal de llamada.

Á una indicación de Rick Texman, la rubia Virginia Benton conectó la pantalla.

La azulada imagen de Halmar, el jefe supremo del Imperio

Dagma, apareció esta vez nítida desde el primer momento, sin rayas ni puntos luminosos previos.

- Excelente aterrizaje, comandante Texman. Tu piloto es muy experto.

Will Gabor hinchó jactanciosamente el pecho y se volvió hacia sus compañeros.

- ¿Habéis oído eso, muchachos? Hasta los extraterrestres reconocen que soy un gran piloto.
- ¡Quita ya, presuntuoso!—dijo Jeremy Hawley, el corpulento negro encargado de disparar los misiles.

Se escucharon algunas risas.

- Silencio, muchachos — rogó Texman.

Halmar indicó:

- Cuando queráis, podéis abandonar la astronave. Un túnel mecánico ha sido acoplado herméticamente a la puerta de salida. Telgor, mi lugarteniente, os conducirá a mi presencia.
- Gracias, jefe Halmar.
- He preparado una fiesta en vuestro honor, comandante Texman. No os demoréis demasiado — rogó el jefe supremo del Imperio Dagma.
- Estaremos contigo en unos minutos, Halmar.

El azulado ser desapareció de la pantalla de televisión.

- Bien, no debemos hacer esperar al jefe Halmar, muchachos — dijo Texman, sonriente.
- ¿Vamos a ir todos a la fiesta, comandante? — preguntó Cliff Eliot.
- Casi todos. Con dejar dos hombres a bordo, vigilando la astronave, será suficiente.
- Cuatro mejor.
- ¿Qué ocurre, Cliff? ¿No te fías de esta gente?
- ¿Por qué hemos de fiarnos? No los conocemos...
- A mí me parece que el jefe Halmar es un hombre en quien se puede confiar plenamente. Sus facciones, su forma de hablar, la expresión de sus ojos... Todo inspira confianza. Además, no debes olvidar que pudieron atacamos y no lo hicieron.
- Eso no quiere decir nada, comandante. A lo mejor es que no les interesaba atacarnos, porque nos quieren vivos.

Rick Texman observó a los miembros de su tripulación.

No le fue difícil adivinar que la desconfianza de su segundo se había extendido rápidamente, como una epidemia.

Y no le gustó.

No le gustó en absoluto.

Pero tampoco podía recriminar a Eliot.

Era muy dueño de desconfiar de quien quisiera.

Como todos.

Por eso, dijo:

- Bien, no voy a obligar a nadie a acudir a la fiesta que el jefe Halmar ha preparado en nuestro honor. Yo, desde luego, voy a ir. Los que deseen acompañarme, pueden hacerlo. El resto permanecerá en la astronave.
- Yo voy con usted, comandante —dijo Eliot—. Si nos han preparado una trampa, quiero luchar a su lado.
- Y yo —se ofreció el negro Jeremy.
- Cuente conmigo — dijo Will Gabor, el piloto.

El resto de la tripulación se ofreció también para acompañar a su comandante, incluidas las mujeres.

Rick Texman sonrió.

- Agradezco vuestra fidelidad, muchachos, pero veo que no me habéis entendido. Si yo pensara que puedo necesitar protección ahí fuera, no saldría de la astronave. Es más, le ordenaría a Will que pusiera los motores en funcionamiento y nos largaríamos inmediatamente de aquí. Si os di a elegir entre quedaros en la astronave o acompañarme a la fiesta, es porque no deseo que nadie acuda a ella con el temor metido en el cuerpo. El jefe Halmar se daría cuenta de ello y causaríamos muy mal efecto.

Los miembros de la tripulación se miraron entre sí.

La morena Sheila Wolf fue la primera en hablar:

- Yo deseo acudir a la fiesta, comandante. Y no siento ningún miedo, puede creerme.

- Tampoco yo, comandante —dijo la rubia Virginia.
- ¿Y quién ha dicho que yo lo sienta? —intervino el pelirrojo Buddy.
- Si Buddy no siente miedo, ¿cómo voy a sentirlo yo, que soy más grande que él? — dijo el gigantesco Jeremy.

Las palabras del negro hicieron reír a todos y acabaron de romper la tensión que minutos antes provocara la desconfianza de Cliff Eliot, que fue el único que no rió la intervención de Jeremy Hawley.

Todos estuvieron de acuerdo en acompañar al comandante Texman a la fiesta, por lo que no hubo más remedio que echarlo a suertes, para ver quiénes eran los cuatro hombres que debían quedarse vigilando la astronave.

Sí, cuatro.

Pese a confiar plenamente en el jefe Halmar, Rick Texman decidió hacer caso a su segundo, y dejar cuatro hombres a bordo en lugar de dos.

Will Gabor, el piloto, fue uno de los que tuvieron que quedarse.

- ¡Qué mala pata, hombre! — se lamentó, dando un manotazo al aire.

Texman le dio un par de palmaditas a la espalda.

- Tranquilo, Will. Cuando lo considere oportuno, mandaré a otros cuatro hombres para que os releven, y así también vosotros podréis disfrutar de la fiesta.
- ¡Oh, gracias, comandante! —se alegró Gabor.
- Supongo que iremos armados, ¿no? — dijo Cliff Eliot.

Texman, tras meditarlo unos segundos, respondió:

- Sí, claro. Llevaremos pistolas de rayos «Betta».
- ¿Por qué no de rayos «Láser»? — sugirió Eliot —. Los «Betta» sólo paralizan...
- Suficiente. Vamos, que cada cual coja la suya — ordenó Texman.

Poco después, todos los miembros de la tripulación llevaban al cinto una pistola de rayos «Betta».

Rick Texman accionó el mando de control remoto que abría la puerta de la astronave.

En el túnel mecánico que había sido acoplado herméticamente a la puerta de la «Mercurio-2000», aguardaban siete hombres de piel azulada, seis de ellos armados con extraños fusiles.

El otro, que permanecía al frente del grupo, llevaba una pistola anaranjada al cinto, muy extraña también.

Debía de ser Telgor, el lugarteniente de Halmar.

Y, por la forma en que éste los miró, Rick Texman empezó a pensar que la desconfianza de Cliff Eliot no carecía totalmente de fundamento.

CAPITULO IV

Los siete seres azulados eran jóvenes, altos y musculosos, aunque el más corpulento de todos era el que llevaba la pistola anaranjada.

Una cosa así como Jeremy Hawley, pero en azul.

- sin pelo.

Sí.

Los siete hombres de Kracma-1 llevaban la cabeza afeitada, y no

había vello en sus robustos pechos.

Como Halmar," el jefe supremo del Imperio Dagma.

- también, como él, sus cráneos y tórax brillaban como si hubiesen sido frotados con algún aceite especial.

La vestimenta era muy simple: un anchísimo pantalón y botas de media caña, muy ligeras y flexibles, las cuales aprisionaban los extremos del pantalón.

El pantalón que llevaba el tipo de la pistola anaranjada era amarillo. Los de los otros seis, blancos.

Era lo único que les distinguía, además del tipo de arma que portaban, claro.

Bueno, también las expresiones de sus caras.

Mientras que la de los seis tipos armados con extraños fusiles era seria e inexpresiva, la del individuo del pantalón amarillo era dura, amenazante, casi cruel.

Totalmente distinta a la del jefe Halmar.

Si de éste se fiaba Rick Texman, del tipo de la pistola anaranjada, no.

Ni un pelo.

El individuo que inspiraba tan poca confianza se presentó:

- Soy Telgor, lugarteniente del Gran Halmar.
- Ya lo suponía. Yo soy el comandante Texman — repuso Rick.
- Lo sé.
- ¿Todos habéis aprendido a hablar nuestra lengua?
- No, sólo tres de nosotros. El Gran Halmar, su hija, la bella Amara, y yo.

Rick Texman sonrió ligeramente.

- ¿De veras es tan bella?
- ¿Amara?
- Sí.
- La mujer más hermosa que existe en todo el Universo.

El corpulento Jeremy pegó su boca al oído del pelirrojo Buddy y murmuró:

- Un poco exagerado el tipo, ¿no?
- Tal vez. En cualquier caso, yo ya estoy deseando conocer a esa joya del Universo —repuso Buddy, en tono muy bajo.

La rubia Virginia, que estaba a su lado, le soltó un furioso codazo.

- Tú siempre pensando en lo mismo, Buddy —rezongó.
- ¿Es que hay algo más hermoso, Virginia? — repuso el pelirrojo, protegiéndose el costado, por si el codo de la rubia volvía a entrar en acción.

Pero no ocurrió tal cosa, porque, en aquel momento Telgor dijo:

- El Gran Halmar me ha ordenado que os lleve a su presencia.
- Pues ya tardas, berenjena — rezongó Buddy.

Telgor, que tenía un oído muy desarrollado, atirantó los músculos faciales, al tiempo que sus pupilas emitían un chispeo.

- ¿Cómo me has llamado, terrestre?
- No le decía a usted, Telgor, sino a éste —tosió el pelirrojo, apuntando con el pulgar a Jeremy.

El negro contenía a duras penas la risa.

Y no era el único.

Rick Texman se apresuró a intervenir:

- Esperamos tus órdenes, Telgor.

El lugarteniente de Halmar apartó sus brillantes ojos del pelirrojo Buddy y los clavó de nuevo en el comandante de la «Mercurio-2000».

- ¿Por qué vais armados, comandante Texman? Vais a una fiesta, no a la guerra.

Rick carraspeó.

- Mis hombres y yo nunca salimos sin armas de nuestra astronave, Telgor.

- Es una clara muestra de desconfianza hacia el Gran Halmar y el Imperio Dagma que llevéis armas.
- También a nosotros nos parece una clara muestra de desconfianza el que tú y estos hombres hayáis acudido a darnos la bienvenida armados, Telgor, y no hemos protestado.
- ¡Así se replica, comandante! — exclamó a media voz Sheila Wolf, situada detrás de Texman.

El lugarteniente de Halmar, después de fulminar con la mirada a la hermosa morena, apretó las mandíbulas y masculló:

- Son guardias de seguridad, comandante Texman. Siempre van armados con fusiles de rayos desintegradores.
- Me parece muy bien — repuso Texman, con perceptible ironía.

Telgor tragó aire y su pecho se agrandó, haciendo aumentar el tamaño de sus poderosos y brillantes músculos.

Evidentemente, estaba muy furioso.

- ¡Seguidme! —ordenó, dando media vuelta bruscamente.

Echó a andar por el túnel, a grandes zancadas.

Rick Texman y los miembros de su tripulación le siguieron.

Los seis guardias de seguridad se abrieron para dejar paso a Telgor y al grupo de terrestres. Luego ellos también se pusieron en movimiento, cerrando la columna.

Salieron todos del túnel.

Telgor siguió caminando a buen paso, sin nuevas indicaciones.

- «Berenjena» nos lleva al trote, comandante — se quejó Buddy—. ¿Se creerá que somos caballos?
- Silencio — ordenó Texman, que no quería problemas con el lugarteniente de Halmar.
- No me gusta nada ese tipo, comandante —gruñó Cliff Eliot, que caminaba junto a Texman.
- La bella Amara te gustará más, seguro — repuso Texman, en voz baja.
- No lo creo. No me puede gustar tina mujer que tiene la piel azul.
- Ligeramente azul —corrigió Texman.

- Es igual, estoy seguro de que no me gustará. Pero no estábamos hablando de Amara, sino de Telgor.
- Mejor que no hablemos, podría oírnos.
- Es un tipo peligroso. No debemos fiarnos de él.
- No nos fiaremos, no te preocupes.
- ¿Cómo saber adónde nos lleva?
- A presencia de Halmar, de eso no hay duda. Y a disgusto, tampoco de eso no hay duda. Y, si nos lleva a disgusto, es porque nada malo nos aguarda, sino todo lo contrario. Si nos condujera a una trampa, estaría de mejor humor.
- Interesante observación, comandante — dijo Sheila Wolf.

Texman volvió un instante la cabeza.

- Qué oído más fino tienes, Sheila.
- Agudísimo — sonrió ella.
- Parece que hemos llegado, comandante —observó Cliff Eliot.

En efecto.

Telgor se había detenido ante una puerta, custodiada por dos guardias armados con fusiles de rayos desintegradores.

La puerta se abrió silenciosamente, sin que el lugarteniente de Halmar accionara ningún mecanismo.

Telgor penetró en la lujosa estancia que había aparecido ante ellos, y en la que aguardaban, sentados en sendos sillones, el jefe Halmar y una muchacha de extraordinaria belleza, en absoluto paliada por el tono suavemente azulado de su piel.

Una piel suave y brillante, que incitaba a ser acariciada.

Especialmente, porque eran muchos los centímetros que quedaban al descubierto, tanto por arriba como por abajo.

Pero más por arriba.

Por allí, casi todos.

Sí, porque de cintura para arriba, la muchacha no llevaba nada, si se exceptuaban los dos pequeños adornos metálicos que cubrían las puntas de sus senos.

Unos senos altos, plenos, desafiantes, que se reían

descaradamente de las leyes de la gravedad.

Si.

Unos pechos hermosos de verdad.

Pero todo en ella era hermoso, qué demonio.

La cintura, increíblemente estrecha...

El vientre, de suave curva, con un ombliguito que era una preciosidad...

Las caderas, amplias, redondas, rotundas...

Los muslos, largos, prietos, admirablemente torneados...

Los pies, menudos, de deditos juguetones...

Todo esto podía apreciarse porque la muchacha, que tenía el cabello largo y dorado como el oro, vestía una falda tan atrevida como original.

Tipo cortina de canutillo.

Una cinta elástica, de no más de cuatro centímetros de anchura, le ceñía las espléndidas caderas, y de dicha cinta elástica colgaban otras muchas, más estrechas aún, las cuales le llegaban hasta los tobillos.

Y ya se sabe lo que ocurre con las cortinas de canutillo: permiten vislumbrar lo que hay detrás.

Y eso, colgando verticalmente del dintel de las puertas, porque si uno descuelga una cortina de canutillo, se la ata a la cintura, y luego se sienta, las tiras de canutillo resbalan por su propio peso y le dejan al aire las piernas.

Así las tenía la hermosa muchacha: completamente al aire.

¡Benditas cintas!

Sí, porque piernas tan esculturales como aquéllas no deberían ocultarse nunca.

La muchacha, evidentemente, debía pensar lo mismo.

Sobre las piernas, y sobre todo lo demás.

Halmar ya no pensaba igual.

El llevaba pantalones, muy anchos, de color rojo vivo, y calzaba botas.

Mejor.

A él no le sentarían tan bien las faldas tipo cortina de canutillo.

Telgor, que había inclinado la cabeza respetuosamente, dijo:

- Los terrestres, Gran Halmar.

«Los boquiabiertos», debió decir, pues así estaban todos los tripulantes de la «Mercurio-2000», boquiabiertos contemplando a la muchacha de cabellos dorados.

Halmar se puso en pie y sonrió.

- Bienvenidos a Kracma-1, hombres y mujeres de la Tierra. Esta es Amara, mi hija, futura esposa de Telgor, mi sucesor.

La bella Amara se levantó también y dedicó su mejor sonrisa a la tripulación de la «Mercurio-2000».

- Me alegro de conoceros, terrestres — dijo.

No hablaba la lengua terrestre tan correctamente como su padre y Telgor, pero se le entendía sin dificultad.

Rick Texman carraspeó ligeramente y respondió:

- Nosotros también nos alegramos de conocerte, bella Amara. Y a ti, jefe Halmar. Debes sentirte muy orgulloso de tener una hija tan hermosa.
- También las mujeres de la Tierra son hermosas.

Pero van muy tapadas, ¿no? —opinó el jefe supremo del Imperio Dagma.

- ¿Muy tapadas? — murmuró Sheila Wolf, mirándose los muchos centímetros de muslo que le dejaba al descubierto el cortísimo uniforme.

Rick Texman emitió una tosecita y explicó:

- Es que van en ropa de trabajo, jefe Halmar.
- ¿Y por qué no se han puesto su ropa de fiesta?
- preguntó la hermosa Amara.
- Porque no tienen en la astronave. Como no pensábamos asistir a ninguna fiesta en nuestro viaje, pues
- Oh, eso tiene fácil solución, comandante Texman
- sonrió Amara —. Ahora mismo ordenaré que faciliten vestimenta propia a vuestras mujeres. Y a vosotros, los hombres, también. Os sentiréis todos más cómodos.
- Excelente idea, hija —aprobó Halmar.

Los miembros de la tripulación de la «Mercurio-2000» se miraron entre sí de forma interrogante.

- A mí también me parece que la idea es buena, comandante... —opinó Buddy Acker.
- Tú a callar, sinvergüenza —masculló Virginia Benton.

El pelirrojo respingó ligeramente.

- ¿Por qué me llamas sinvergüenza...?
- Porque tú lo que quieres es vernos a todas desnudas.
- Amara no va desnuda...
- Pero le falta un pelo.
- Más le falta a su padre, y el pobre no dice nada
- ironizó Buddy, mirando un instante la afeitada cabeza del jefe Halmar.
- Qué chistoso —rezongó Virginia.

Sheila Wolf miró a Rick Texman.

- ¿Qué opina usted, comandante?
- Bueno, yo... — carraspeó Texman.
- ¿Cree que debemos vestirnos como estas gentes?
- Nosotros, los hombres, no tenemos problemas. Pero, claro, vosotras, las mujeres... En fin, lo dejo a vuestra elección.
- Yo me niego rotundamente a mostrarlo todo — hizo saber la rubia Virginia.
- Amara no lo muestra todo... —observó Buddy.
- Si te fijas bien, verás como sí.
- Pues yo creo que me fijo bien, y...
- Y tan bien como te fijas, sinvergüenza. Si no le quitas ojos —gruñó Virginia.
- Bueno, basta ya —ordenó Texman, reprimiendo una sonrisa—. Puesto que no hay unanimidad absoluta, seguiremos

con nuestras ropas.

- Comandante,. Amara se molestará, si no aceptamos su amable ofrecimiento. . —observó Buddy.
- Puede que Buddy tenga razón, comandante — opinó Sheila.
- ¿Entonces...? —consultó Texman, mirando a las mujeres de su tripulación.

Gloria Quincey, una preciosa mulata de veintitrés años, la cual le hacía tilín al corpulento Jeremy Hawley, sonrió un tanto pícaramente y dijo:

- No debemos desairar a Amara, comandante. Yo no tengo inconveniente en vestirme como ella. No creo que nadie me coma por eso — añadió, mirando por el rabillo del ojo a Jeremy, pues también a ella le gustaba el fornido negro.

Le pareció que Jeremy afilaba los dientes y buscaba una servilleta.

- Yo opino como Gloria — dijo otra.
- También yo estoy de acuerdo en vestirme como Amara, comandante —hizo saber Sheila Wolf.

Como todos estuvieron de acuerdo, Virginia Benton no tuvo más remedio que acceder también, aunque lo hizo entre gruñidos, porque no se fiaba un pelo de Buddy Acker.

Este fue quien más se alegró de la decisión de las mujeres, y no supo disimularlo.

Rick Texman se volvió hacia la hija de Halmar.

- Aceptamos tu amable ofrecimiento, bella Amara.

Ella sonrió y rogó:

- Seguidme, terrestres.

Había una puerta a la derecha, y por ella salieron Amara y la tripulación de la «Mercurio-2000».

Telgor, a quien había contrariado mucho la gentileza de su futura esposa, hizo ademán de seguirles, con los seis guardias de seguridad, pero Halmar le ordenó que fuera a la sala en donde se iba a celebrar la fiesta en honor de los terrestres, para ver si todo estaba

dispuesto.

El hercúleo Telgor se vio obligado a obedecer.

Giró sobre sus talones y abandonó la estancia, seguido de los seis guardias de seguridad.

Pero no pensaba ir a la sala donde se iba a celebrar la fiesta.

Tenía un plan.

Y lo iba a poner en práctica inmediatamente.

CAPITULO V

Will Gabor, piloto de la «Mercurio-2000», exhaló un lánguido suspiro.

- Qué mala suerte hemos tenido, chicos... Todos divirtiéndose en la fiesta, y nosotros cuatro aquí, cazando moscas.
- En la astronave no hay moscas, Will —sonrió Chad, el compañero que estaba más próximo a él.
- Hombre, es un decir — rezongó Gabor.
- El comandante dijo que nos relevarían, Will — recordó Errol, otro de los que se habían quedado a bordo, vigilando la astronave.
- Sí, pero no dijo cuándo. Y hasta es posible que se le olvide, con el jolgorio de la fiesta.

- No se le olvidará, y tú lo sabes —habló Jackson, el cuarto compañero.
- ¿Cómo serán las mujeres de Kracma-1? — suspiró Gabor, con gesto soñador.
- El antipático de Telgor dijo que la hija de Halmar es la mujer más hermosa que existe en todo el Universo — recordó Chad —. ¿Será verdad?
- Hombre, no creo que sea para tanto — repuso Errol—. Además, si tiene la piel azulada, como los hombres...
- El color de la piel no tiene nada que ver — rechazó Jackson—. En la Tierra tenemos la raza negra, y en ella hay mujeres que son verdaderas preciosidades. ¿Y qué me decís de sus cuerpos? Las hay que quitan el hipo con sólo un par de caderazos.

Will, Chad y Errol rieron las palabras de Jackson.

El primero iba a añadir algo, cuando Telgor asomó en la puerta de la astronave, a la que seguía acoplado el túnel mecánico.

- Eh, muchachos —murmuró el piloto de la «Mercurio-2000», sin dejar de observar al lugarteniente del jefe Halmar.

Chad, Errol y Jackson miraron hacia la puerta.

Telgor, cuya expresión distaba ahora mucho de ser dura y amenazante, sonrió.

- ¿Qué tal, terrestres?

— ¿Qué se le ofrece, Telgor? —inquirió Will Gabor, mirando con desconfianza al musculoso individuo.

- Estáis de guardia, ¿verdad?
- Sí.
- No me parece justo que vuestro comandante y vuestros compañeros estén gozando de la fastuosa fiesta preparada por el Gran Halmar, mientras vosotros cuatro os aburrís aquí, en el interior de la astronave.
- Dentro de un rato nos relevarán —repuso Gabor.
- Oh, eso ya me parece más justo. De todos modos, no hay razón para que, mientras tanto, vosotros os lo paséis mal. Podéis tener vuestra pequeña fiesta aquí.

— ¿Qué? —pestañeó Gabor.

Chad, Errol y Jackson también pusieron una cara muy rara.

Telgor se apartó del hueco de la puerta, como para dejar paso a alguien.

Cuatro hermosas muchachas de piel suavemente azulada penetraron en la astronave, portando sendas bandejas repletas de exquisitos manjares.

Pero Will, Chad, Errol y Jackson no se fijaron en los manjares, sino en los apetecibles cuerpos de las muchachas, prácticamente desnudos.

Por el tamaño que cobraron los ojos de los cuatro terrestres, Telgor supo que el éxito de su plan estaba asegurado.

- Las chicas no hablan vuestra lengua, pero no os preocupéis por eso. Tienen órdenes mías de serviros y complaceros en todo. Que os divirtáis, terrestres —deseó cínicamente el lugarteniente de Halmar, y desapareció.

Durante bastantes segundos, los cuatro miembros de la tripulación de la «Mercurio-2000» permanecieron estáticos y silenciosos, pero sin apartar sus agrandados ojos de los excepcionales cuerpos de las mujeres de Kracmá-1.

Ellas les sonreían atrevidamente, con las bandejas en las manos, esperando alguna indicación.

- ¿Qué..., qué hacemos, muchachos? —balbució Will Gabor.
- Lo..., lo que hay en las bandejas debe de estar delicioso... —opinó Chad.
- ¿Y qué me decís de las chicas? —murmuró Errol

— Eras tú quien decía — repuso Jackson.

- ¿Qué decía yo?
- Que si tenían la piel azulada, como los hombres...
- Pues retiro lo dicho. Están como para comérselas; las cuatro; con adornos metálicos y todo — opinó Errol, dando una pasada con la mirada a los bustos de las muchachas.
- Olvídate de los adornos, podrías atragantarte — bromeó Will Gabor, que empezaba a salir de su estupor.
- ¿Qué hacemos quietos como pasmarotes? — exclamó Chad—. Como Telgor dijo, podemos tener nuestra pequeña fiesta aquí.

- Ya lo creo —asintió Errol, mojándose los labios con la lengua.
- ¿No se enfadará el comandante? —observó Jackson.

— ¿Por qué habría de enfadarse? ¿Qué tiene de malo aceptar estos ricos manjares, y divertirnos un poco con sus jóvenes y bellas portadoras? — repuso Chad.

- Venga, no perdamos más tiempo, o las chicas pensarán que somos idiotas —apremió Errol, y, predicando con el ejemplo, tomó la bandeja de la muchacha que tenía más cerca y la dejó sobre la mesa.

Mientras picaba algo con la mano derecha, pasó el brazo izquierdo por la desnuda cintura de la chica y la atrajo suavemente hacia sí.

- ¡Qué piel tan delicada y tan suave tienen, chicos! ¡Y qué bueno está esto! —les mostró lo que había cogido de la bandeja.

Will, Chad y Jackson se apresuraron a imitar a su compañero.

Las muchachas de Kracma-1 se dejaban acariciar, complacidas, por los hombres terrestres.

Estos fueron mostrándose cada vez más audaces, al comprobar que las chicas les dejaban hacer con la sonrisa en los labios.

Una de ellas, la que estaba siendo besada y abrazada por Will Gabor, invitó a éste a que probara la roja y aromática bebida que, en preciosas copas doradas, portaban todas las bandejas.

- ¿Qué es, vino? —preguntó el piloto.
- ¿Para qué se lo preguntas, si sabes que no puede responderte? Las chicas no hablan nuestra lengua —recordó Chad.
- Este brebaje tiene pinta de estar muy sabroso. ¡Y huele de bien...! —exclamó Will, olfateando el rojo líquido.
- ¡Aticémonos un trago, muchachos! — sugirió Errol, y él fue el primero en llevarse la copa a los labios.

Ingirió un sorbo y chasqueó la lengua unas cuantas veces.

- ¿Qué tal está, Errol...? — preguntó Jackson, impaciente.
- ¡Delicioso, chicos! ¡Casi tanto como estas beldades! — exclamó, riendo, y se atizó otro trago, mucho más largo que el

anterior.

Will, Chad y Jackson se apresuraron a imitarle.

También ellos encontraron muy agradable la bebida, y pronto repitieron.

- ¡Esperemos que esto no se suba a la cabeza, muchachos! — rió Will.
- ¡A mí me sabría muy mal quedarme dormido, teniendo entre mis brazos una chica tan tentadora! ¡Azul, pero tentadora! —rió también Errol
- ¡Como no sea un azul natural, las vamos a desteñir a besos! —exclamó Chad, y unió sus risas a las de sus compañeros.

Las muchachas de Kracma-1 también reían.

- no era por cortesía.

Reían porque Telgor les había indicado que debían hacer tomar las bebidas a los terrestres.

Aunque sólo fuera un trago cada uno.

- los terrestres habían tomado más de un trago.

Prácticamente habían apurado sus copas.

No tardarían en desplomarse como fardos.

Así fue.

Errol fue el primero en caerse en redondo.

Chad fue el segundo.

Jackson, el tercero.

Las caídas fueron casi simultáneas.

Will Gabor resistió unos segundos más en pie, aunque sus ojos ya lo veían todo turbio.

Trató de apoyarse en la muchacha a la cual había estado besando.

Ella se apartó.

- ¡Malditas...! —barbotó el piloto de la «Mercurio-2000», adivinando, demasiado tarde, que habían caído en una trampa.

Acto seguido se desplomó.

Cinco segundos después, Telgor aparecía en la puerta.

Sonrió satisfecho al ver, desmadejados en el suelo, a los cuatro hombres terrestres.

No hizo falta que preguntaran dónde debían llevarlos.

Ya lo sabían.

Telgor les había dado instrucciones minutos antes.

El lugarteniente de Halmar esperó a que los guardias de seguridad saliesen de la astronave y luego también él echó a andar por el túnel mecánico.

Con una siniestra sonrisa en los labios.

Tenía otro plan en mente.

Tan canallesco como el primero.

Y, esta vez, la víctima sería Rick Texman, el comandante de la astronave terrestre.

CAPITULO VI

Rick Texman y los hombres de su tripulación salieron de la estancia en donde habían procedido a cambiarse de ropa.

Ahora vestían como los hombres de Kracma-1: sólo un anchísimo pantalón blanco.

La hermosa Amara, que aguardaba en el corredor, observó con curiosidad los tórax velludos de los hombres terrestres, pues era algo nuevo para ella.

- ¿Estamos guapos, bella Amara? —preguntó Buddy Acker, mirándose.

Ella sonrió.

- Muy guapos, terrestres. Y aún lo estaríais más si no tuvierais pelo en la cabeza y en el pecho. ¿Por qué os lo dejáis crecer? —preguntó.

Los hombres de la «Mercurio-2000» se miraron entre sí, como preguntándose qué debían responder.

Fue Rick Texman quien, tras un carraspeo, lo hizo:

- Es una vieja costumbre de nuestro planeta, bella Amara. Los hombres sólo nos afeitamos la barba. Y no todos.
- ¿Barba?... —parpadeó la hija de Halmar, dando a entender que no comprendía.
- La cara — explicó Texman, tocándose las mejillas y el cuello.
- Oh, la cara...
- Sí.
- Un pecho masculino es más hermoso si no tiene pelo.
- Las mujeres de la Tierra opinan lo contrario.
- ¿Ah, sí...?

Texman asintió con la cabeza.

- Es un síntoma de virilidad —explicó.
- A mí me parece una tontería.
- Puede que tengas razón, bella Amara. Pero, como ya te he dicho antes, son viejas costumbres de nuestro mundo.

- ¿Qué pasa con nuestras mujeres, por qué no salen?
- preguntó Cliff Eliot, que seguía con la desconfianza metida en el cuerpo.
- A lo mejor es que tienen vergüenza — rió el pelirrojo Buddy.
- ¿Vergüenza de qué? — preguntó Amara.
- Pues de...
- De nada, bella Amara — intervino Rick Texman, interrumpiendo a Buddy, al cual dirigió una severa mirada.
- Iré a ver si ya están listas —dijo Amara, y se introdujo en la estancia donde se estaban cambiando de ropa las mujeres terrestres.

Sí.

Todas estaban listas ya.

Su indumentaria era idéntica a la de la hija del jefe Halmar: faldas de cintas de variados colores y pequeños adornos metálicos en los pechos.

- Vuestros hombres os esperan, mujeres terrestres
- comunicó Amara.
- Deseosos de devorarnos — rezongó Virginia Benton.
- ¿Cómo? — respingó Amara.

Sheila Wolf sonrió.

- No hagas caso, bella Amara. Sólo era una broma.
- Oh, no hablaba en serio...
- Claro que no.
- Bueno, puede que no se atrevan a hincarnos el diente, pero a más de uno se le escapará la mano, de eso podéis estar seguras —masculló la rubia.
- ¿Estás pensando en Buddy, Virginia...? —intervino Gloria Quincey, con ironía.
- ¿Cómo lo sabes?

Gloria, Sheila y las otras rieron.

- Seguidme —rogó Amara, sin saber de qué se reían las mujeres terrestres.

Salieron todas de la estancia.

Al instante empezaron a sonar silbidos de admiración.

- ¿Por qué silban? —preguntó Amara.
- Porque les gusta lo que ven — respondió Sheila, tan halagada como sus compañeras.

En realidad, ésa era la razón de que hubiesen aceptado el ofrecimiento de Amara. A todas les había molestado que sus compañeros se quedaran boquiabiertos al ver a la hija de Halmar, porque si ésta era hermosa y poseía un magnífico cuerpo, también ellas se consideraban bellas y bien formadas.

La diferencia estaba en que Amara exhibía todos sus encantos y ellas sólo las piernas, y no totalmente.

De ahí que no tuvieran inconveniente en vestirse — mejor habría que decir desvestirse— como Amara.

Y había sido un éxito completo.

Nadie miraba ya a la bella Amara.

Los ojos de los varones terrestres estaban fijos en los cuerpos de las hembras terrestres.

Como debía ser.

Sheila Wolf se dio cuenta de que Rick Texman la miraba más a ella que a las otras mujeres de la tripulación, y eso aún la halagó más.

También Jeremy Hawley miraba preferentemente a Gloria Quincey, lo cual, lógicamente, complacía a ésta.

Buddy Acker, en cambio, las miraba a todas, y eso enfurecía a Virginia Benton, pues en el fondo le hubiera gustado que el pelirrojo la mirara sólo a ella.

- Seguidme, terrestres —indicó Amara, y echó a andar.

Todos la siguieron, sin pronunciar palabra, aunque sin dejar de mirarse.

Amara los condujo de nuevo a la estancia donde aguardaba su padre.

Este se fijó especialmente en las mujeres y dijo:

- Ahora me parecéis mucho más hermosas, mujeres de la Tierra.

- Toma, y a mí —murmuró Buddy, posando un instante los ojos en los túrgidos senos de la rubia Virginia.

Ella, que seguía furiosa, le clavó un codo en el hígado.

El pelirrojo ahogó un grito y se encogió, mientras sus compañeros reían quedamente.

- Vamos, terrestres. La fiesta nos espera —indicó el jefe supremo del Imperio Dagma.

Abandonaron todos la estancia.

Halmar los condujo a una gran sala, donde había una gigantesca mesa en forma de herradura, muy baja, repleta de los más apetitosos manjares.

Mullidos almohadones cubrían el suelo, alineados en la parte exterior de la extraña mesa.

Telgor estaba allí, dando órdenes a media docena de muchachas.

— ¡¿Todo a punto, mi fiel Telgor? —preguntó el jefe Halmar.

- Sí, Gran Halmar —asintió el lugarteniente, con una inclinación de cabeza.
- Sentaos en torno a la mesa, terrestres — indicó Halmar.

Rick Texman y los miembros de su tripulación se sentaron sobre los blandos almohadones, imitando al jefe Halmar, la bella Amara y Telgor.

Este hizo un gesto con la mano y las muchachas de Kracma-1 se acercaron a la mesa y comenzaron a llenar las copas.

Cuando todas las copas estuvieron llenas del rojo y aromático líquido, Halmar levantó la suya y dijo:

- Por los habitantes del planeta Tierra.
- Por el Imperio Dagma —correspondió Rick Texman, levantando la suya.

Las hicieron entrechocar y luego bebieron, siendo imitados por todos los demás.

- Comed y bebed cuanto queráis, terrestres —invitó el jefe Halmar. Luego se volvió hacia su lugarteniente e indicó —:

Telgor, que pasen los músicos y las bailarinas.

Telgor tomó una campanilla y la hizo sonar.

Cuatro hombres entraron en la sala, portando unos extraños instrumentos. Se sentaron en el suelo y empezaron a tocar.

Segundos después, aparecían las bailarinas.

Ocho hermosas muchachas, con faldas de cintas y adornos metálicos en las puntas de los senos.

Interpretaron una exótica danza, llena de sensualidad

A más de un varón terrestre se le atragantó el bocado, especialmente, cada vez que las bailarinas giraban sobre sí mismas como si fuesen peonzas y las cintas de colores emprendían el vuelo, dejando visible lo que había bajo ellas.

- ¡Ay, madre! — exclamó Buddy Acker, con unos ojos como platos.
- ¿A que te saco el hígado por la boca? — amenazó Virginia Benton, preparando el codo.

El pelirrojo tosió.

- No querrás que cierre los ojos, ¿verdad?
- No creo que pudieras, aunque lo intentaras. Los tienes desencajados —gruñó la rubia, y cogió una fruta de un zarpazo, la cual mordió con rabia.

No lejos de ellos, Sheila Wolf murmuró:

- Exótica danza, ¿eh, comandante?
- Sí, muy exótica — asintió Texman.
- Y muy bellas, las bailarinas.
- Sí, son muy hermosas.
- Y muy descaradas.

Texman carraspeó.

- Bueno, evidentemente, para las mujeres de Kracma-1 no tiene ninguna importancia mostrar sus cuerpos.
- A la vista está que no.
- Hacen bien, qué demonio. Si tuvieran un cuerpo feo, sería otra cosa.

- Eso fue lo que nosotras nos dijimos, comandante. Por eso accedimos a ponernos esta indumentaria tan atrevida.
- Os sienta maravillosamente a todas. Especialmente a ti.
- Oh, gracias, comandante — sonrió Sheila —. Pero preste atención a las bailarinas, que la danza debe de estar a punto de terminar.
- Prefiero mirarte a ti.
- No me mire tan profundamente o me saldrán los colores.
- Eres terriblemente hermosa, ¿no lo sabías?
- Comandante, por favor... —rogó Sheila, frenando la mano de Texman, que se había posado con disimulo sobre su rodilla.

En aquel momento cesó la música.

La danza había terminado y las bailarinas inclinaron el torso hacia adelante, a modo de saludo.

Los terrestres les dedicaron muchos aplausos.

Rick Texman no tuvo más remedio que retirar su mano, pues necesitaba las dos para aplaudir.

- ¿Te ha gustado el número, comandante Texman? —preguntó Halmar.
- Oh, sí, mucho —respondió Rick.
- Espero que también disfrutes con el siguiente. Telgor... —Halmar miró a su lugarteniente.

Este sacudió de nuevo la campanilla y dos hombres de Kracma-1, tan grandotes y musculosos como él, hicieron su aparición, cubiertos tan sólo con un sucinto taparrabos.

- ¡Hombre, esto se anima! —exclamó Virginia Benton, con gesto pícaro.

Buddy Acker frunció el ceño.

- No me digas que te gustan esas dos moles de carne y músculo.
- ¿Por qué no?
- Pues sí que tienes un gusto...

- Son luchadores, ¿no?
- Eso parece.
- ¡Qué emocionante! Yo apuesto por el de la nariz chata.
- Eso no es una nariz chata, es un pegote de carne que tiene

en la cara.

- Atención, Buddy, que van a empezar a sacudirse

En efecto.

Los dos gigantes ya estaban frente a frente, estudiándose mutuamente los movimientos.

De pronto, el de la nariz chata saltó sobre el otro.

Fue el inicio de una lucha larga y dura, en la que valía golpearse con la cabeza, puños, codos, antebrazos, rodillas y pies en cualquier parte del cuerpo.

Finalmente se impuso el luchador de la nariz aplastada, el cual consiguió dejar inconsciente a su rival de un poderoso testarazo en la frente.

El vencedor saludó respetuosamente.

También recibió muchos aplausos de los terrestres, quienes habían seguido con gran interés el desarrollo de la emocionante pelea.

El luchador derrotado fue retirado por dos hombres de Kracma-1, pero el ganador de la pelea continuó en el centro de la sala, como esperando algo,

Halmar, extrañado, se volvió hacia su lugarteniente y preguntó:

— ¿Por qué no se retira Tuka, Telgor?

- Tuka me dijo algo antes, Gran Halmar — explicó Telgor.
- ¿Qué te dijo?
- Que si, como él esperaba, vencía a Buko, le gustaría medir sus fuerzas con algún terrestre.
- ¿De veras? — pareció alegrarse el jefe supremo del Imperio Dagma.
- ¿Tienes algún inconveniente en que Tuka luche con un terrestre, Gran Halmar?
- No, yo no. Si algún terrestre desea pelear con él, yo encantado. Será interesante calibrar la fortaleza y destreza de una raza y otra.
- Es lo que yo pensé, Gran Halmar —sonrió Telgor, irguiéndose.

Esto, el que se pusiera de pie, hizo que todos los miembros de la

tripulación de la «Mercurio-2000» miraran al lugarteniente de Halmar.

Telgor habló:

- Atención, terrestres. Tuka, el vencedor de la pelea, desea medir sus fuerzas con alguno de vosotros.

Los tripulantes de la astronave terrestre se miraron unos a otros.

- ¿Quién de vosotros acepta el amistoso desafío de nuestro luchador? —preguntó Telgor.

Jeremy Hawley, por ser el más corpulento, se creyó en la obligación de aceptar el reto del luchador del Imperio Dagma. Se puso en pie y dijo:

- Yo lucharé con Tuka.

Gloria Quincey, que estaba a su lado, le cogió de la mano y se la oprimió.

- Jeremy... —musitó, visiblemente preocupada.

Hawley le sonrió.

- No temas, Gloria. Sólo es una pelea amistosa.
- Sí, pero...
- ¿Qué me da si venzo al tipo?
- Lo que quieras.

Jeremy miró significativamente a la atractiva mulata y dijo:

- Me va a durar menos que un caramelo en la boca de un niño.
- ¡Suerte, Jeremy! — deseó Gloria, los ojos brillantes.

Jeremy Hawley saltó ágilmente por encima de la mesa y fue al encuentro del luchador de Kracma-1.

CAPITULO VII

Rick Texman escrutó el rostro de Telgor.

Había un extraño brillo en sus pupilas.

Y una cínica sonrisa en su boca.

El comandante de la «Mercurio-2000» empezó a sospechar que el lugarteniente de Halmar tramaba algo

El reto del luchador de Kracma-1 no era casual.

Era algo premeditado.

Seguro que el tal Tuka cumplía órdenes de Telgor.

Rick Texman empezó a temer por la suerte de Jeremy Hawley.

No, no era que no confiase en la destreza y potencia muscular del negro.

Lo que le hacía temer eran sus nobles sentimientos, su gran corazón.

Jeremy era incapaz de hacer daño a una mosca.

Y, para enfrentarse con posibilidades de éxito a un tipo como Tuka, a quien sin lugar a dudas Telgor había ordenado lastimar muy seriamente al terrestre que aceptara su desafío, había que estar muy dispuesto a responder con la misma clase de golpes, por muy traicioneros que fueran.

Jeremy no lo haría.

Para él, la pelea no era más que un lance amistoso, una noble medición de fuerzas, agilidad y habilidad.

Aunque descubriera las malas intenciones de su rival, no sería capaz de pagarle con la misma moneda, y Tuka sería el vencedor, lo cual llenaría de satisfacción a Telgor.

Pues no.

Telgor no se saldría con la suya.

Sin dudarlo ni un segundo más, Rick Texman se puso en pie y exclamó:

- ¡Alto!

Jeremy Hawley y el luchador del Imperio Dagma, que ya se estaban moviendo en torno a un imaginario círculo, en espera del momento más oportuno para lanzarse al ataque y sorprender al rival, se quedaron quietos y le miraron con extrañeza.

También Halmar miró al comandante terrestre.

Y la bella Amara.

Y Telgor, que había vuelto a sentarse.

Y, por supuesto, todos los miembros de su tripulación.

- ¿Qué ocurre, comandante Texman…? —inquirió el jefe supremo del Imperio Dagma.
- Seré yo quien luche con Tuka, jefe Halmar.
- ¿Tú…?
- Sí.
- ¿Por qué quieres luchar tú con Tuka? ¿Acaso eres más diestro que él? — Halmar miró a Jeremy Hawley.
- No; más diestro, no. Ni más fuerte tampoco,
- ¿Entonces…?

Texman, que no podía exponer sus verdaderas razones, se limitó a decir:

- Me apetece un poco de ejercicio, Halmar. Y creo que Tuka me lo puede proporcionar.
- Está bien, lucha tú con él, si así lo deseas — accedió el jefe Halmar.
- Lleve cuidado, comandante., —rogó Sheila Wolf, con un brillo de preocupación en la mirada.
- Lo tendré, no temas —prometió Texman, con una suave

sonrisa, y saltó por encima de la mesa.

Fue hacia donde estaba Jeremy Hawley.

- Vuelve a tu sitio, Jeremy — indicó Texman.
- ¿Por qué no me ha dejado pelear don él, comandante? — preguntó el negro, ligeramente molesto.
- Porque todo esto lo ha tramado Telgor — respondió Texman, sin alzar la voz.
- ¿Telgor?...
- Sí, no me cabe la menor duda. Le caímos mal desde el principio.
- ¿Sospecha usted que la pelea no va a ser amistosa,..?
- Eso es, Jeremy. Tuka tenía órdenes de desgraciarte. Incluso puede que de matarte. Eso hubiera complacido mucho al coyote de Telgor. Pero no vamos a darle ese gusto.

El negro miró al lugarteniente de Halmar.

Lo vio tranquilo.

Sonriente.

Satisfecho.

- No parece en absoluto contrariado por el cambio... — observó Jeremy.
- No, no lo está. Le debe dar igual que Tuka te desgracie a ti o a mí.
- Yo diría que prefiere que le desgracie a usted, señor.
- Quizás estés en lo cierto. Tal vez todo esto había sido preparado exclusivamente para mí.
- Seguro que sí. Usted le replicó cuando vino a recibirnos acompañado de los guardias de seguridad, y no se lo perdona. Es de usted de quien desea vengarse.
- Haré lo posible por no complacerle.
- Tenga mucho cuidado, comandante. Tuka ya ha demostrado que es un tipo experto y peligroso.
- Le va a ser difícil alcanzarme, ya lo verás. Anda, aléjate ya —indicó Texman.

Jeremy volvió a su sitio.

Rick Texman se colocó frente al corpulento Tuka.

Comenzaron a moverse los dos, en círculo, lentamente.

En la sala se hizo un silencio profundo.

Nadie comía.

Nadie bebía.

Nadie pestañeaba.

Y respiraban porque era preciso, que, si no, tampoco.

De pronto, Tuka se disparó sobre el comandante terrestre, con una agilidad impropia de su peso y estatura.

Pero Rick Texman demostró que, en cuanto a agilidad se refiere, no le andaba a la zaga, y esquivó hábilmente el ataque del luchador de piel azulada y nariz desgraciada, el cual se estrelló estrepitosamente contra el suelo.

- ¡Bien por el comandante! — rugió Buddy Acker, oprimiendo nerviosamente el muslo derecho de Virginia Benton.
- ¡Bien…! —gritaron al unísono el resto de los miembros de la tripulación de la «Mercurio-2000».

La rubia Virginia no protestó por el apretón de muslo que le estaba recetando el pelirrojo Buddy.

En realidad, ni se daba cuenta de ello.

Su interés por la pelea era tanto que…

El luchador de Kracma-1 se irguió de un salto, furioso por su fallo.

También en los ojos de Telgor había un brillo de rabia, pues empezaba a sospechar que a Tuka no le iba a resultar tan sencillo como él creía vapulear al comandante terrestre.

Este aguardó, muy atento, la segunda embestida de su rival.

Esta no tardó en producirse.

Rick Texman burlo limpiamente el nuevo ataque de Tuka, el cual besó otra vez el suelo, entre las risas y los aplausos de la tripulación terrestre.

Halmar y su hija Amara parecían muy sorprendidos por la habilidad del comandante terrestre para esquivar las acometidas de

Tuka, pero no disgustados por ello.

Telgor, sí.

Cada vez más.

Tenía ya una cara de vinagre que, .

Tuka se irguió de nuevo.

Mucho más furioso que antes.

Ciego de ira, casi.

Era lo que Rick Texman pretendía.

Perdidos el control y el dominio de sí mismo, el luchador de Kracma-1 ya no sería tan peligroso, pues la cólera le obligaría a actuar atolondradamente.

Como esto ya estaba prácticamente logrado, Rick Texman abandonó su hasta entonces actitud netamente defensiva y pasó al ataque.

Un ataque realmente centelleante.

Tuka, que no lo esperaba, no pudo esquivar la acometida del comandante terrestre, y éste le recetó dos buenos golpes en el pecho y otro en la mandíbula.

Todos con el puño.

El luchador del Imperio Dagma apenas los acusó, y rápidamente intentó devolvérselos al terrestre.

Texman flexionó las rodillas y se lanzó de cabeza contra el estómago de su rival, donde se la incrustó.

Tuka lanzó un bramido de dolor y se vino abajo.

Texman también rodó por el brillante suelo de la sala, más por voluntad propia que por la inercia de la caída.

No quería quedar cerca de Tuka, pues éste podría aprisionarle entre sus poderosos brazos y a él no le interesaba la lucha cuerpo a cuerpo.

Era consciente de que, en ella, seguramente llevaría las de perder.

Texman se puso en pie con agilidad y esperó a que a su rival le remitiera el dolor de tripas y se levantara.

Los miembros de su tripulación no cesaban de animarle.

Tuka se incorporó, soltando bufidos de cólera.

Como un toro herido buscó al comandante terrestre.

En cuanto lo vio, arremetió contra él, con la cabeza por delante.

Texman acertó, una vez más, a quitarse a tiempo de su trayectoria.

Y no sólo esto.

También acertó a conectarle un durísimo golpe con el filo de la mano en la nuca.

Fue un auténtico hachazo.

Una res no lo hubiera resistido.

Pero Tuka sí.

Increíble.

Cayó al suelo, eso sí.

Y en seguida se vio que el golpe le había dejado bastante mermado de facultades.

Pero se levantó.

Disparó su pierna contra el bajo vientre del terrestre. Si llega a alcanzarle en tan delicado lugar, lo desgracia para toda la vida, tal era la furia y el veneno del golpe.

Pero falló.

Texman le demostró que él también sabía disparar la pierna.

Y él no falló.

Afortunadamente para el luchador de Kracma-1, Rick Texman

no tenía tan malos instintos, y dirigió su golpe un poco más arriba, al estómago del tipo.

Pero también ahí hizo su pupa el pie del terrestre. Además, llovía sobre mojado.

Recuérdese que el estómago del luchador había sido golpeado, poco antes, por la cabeza del terrestre.

Y muy duramente, por cierto.

Lógico, pues, que Tuka se doblara, como si quisiera saludar al Gran Halmar, y lanzara un alarido.

Texman disparó la otra pierna, golpeando ahora el hígado de su rival.

Lo que faltaba...

Por un instante, el rostro de Tuka pareció más verde que azul.

No obstante, el luchador de Kracma-1 aún tuvo fuerzas suficientes para arrojarse inesperadamente sobre el comandante terrestre, al que, por primera vez, consiguió atrapar y derribar.

Texman intentó zafarse rápidamente del férreo abrazo de Tuka, pero en seguida comprendió que no le iba a resultar sencillo.

Nada sencillo.

Estaba de espaldas en el suelo.

Y tenía a Tuka sobre él.

Apretándole la cintura y empujándole el pecho con su desarrollada y afeitada cabeza.

Estaba claro.

Quería partirle la espina dorsal.

Todo el mundo se dio cuenta de ello.

De ahí las expresiones de angustia en los rostros de los miembros de su tripulación.

En la cara de Halmar y en la de Amara había estupefacción.

No comprendían cómo Tuka podía intentar matar al comandante terrestre.

Telgor sí.

Por eso su rostro rezumaba satisfacción.

De un momento a otro se escucharía el crujido.

Sería una delicia para sus oídos.

Y el fin del maldito comandante terrestre.

A Sheila Wolf se le escapó un grito.

Jeremy Hawley se puso en pie, dispuesto a intervenir.

También Cliff Eliot.

Y Buddy Acker.

Y todos los demás.

Afortunadamente, no fue necesario.

Rick Texman, consciente de que su vida peligraba, no dudó en recurrir a algo sucio, pero tremendamente efectivo: hundir los pulgares en los ojos de su rival.

Tuka bramó como si acabasen de aplicarle un hierro candente en la nalga.

Soltó inmediatamente al terrestre y se llevó las manos a la cara.

Texman se irguió de un brinco y descargó ambos puños sobre la nuca del luchador de Kracma-1, que permanecía de rodillas, inclinado hacia adelante, apretándose los ensangrentados ojos.

El golpe, tremendo, demoledor, fulminó a Tuka.

Rick Texman, con la respiración entrecortada, miró a Telgor.

El lugarteniente de Halmar no podía disimular la rabia que le producía la victoria del comandante terrestre.

Este apretó los maxilares y fue directamente hacia él.

CAPITULO VIII

Jeremy Hawley pensó que su comandante iba a sacudirle a Telgor.

Y si le sacudía, allí se iba a armar una buena.

Pero no.

Aunque Rick Texman sentía deseos de ponerle la cara morada, en vez de azul, al lugarteniente de Halmar, a puñetazo limpio, supo contenerse.

No era el momento de ajustarle las cuentas.

Pero ya se las ajustaría, ya.

Después de mirarle duramente, preguntó:

- ¿Nos tienes reservada alguna sorpresa más, Telgor?

Este se puso en pie bruscamente.

- No sé qué quieres decir, terrestre.

— ¿Seguro que no?

- Lo de luchar con uno de vosotros fue idea de Tuka, no mía.

- Y lo de partirme el espinazo ¿también fue idea suya?
- Tuka será castigado por su absurdo comportamiento, comandante Texman —aseguró Halmar—. La lucha era amistosa, y él parece que lo olvidó.
- No, no quiero que sea castigado, jefe Halmar. Tuka no tiene la culpa de lo sucedido — repuso Texman.
- ¿Quién si no?

Texman miró de nuevo a Telgor y respondió:

- Si lo averiguo, ya te lo diré, Halmar. Las palabras del comandante terrestre desconcertaron al jefe supremo del Imperio Dagma.
- Que siga la fiesta, jefe Halmar. Aquí no ha pasado nada — dijo Texman, y volvió a sentarse en su sitio.

Sheila Wolf, pálida todavía, se atrevió a cogerle la mano y se la apretó.

- Qué mal rato he pasado, comandante — confesó.

Texman le sonrió suavemente.

- Tampoco yo lo he pasado bien.
- Creí que el luchador iba a partirle en dos.
- Esa era su intención, sí.
- Qué malos instintos.
- Olvidemos el incidente, Sheila. Aún queda mucha fiesta por delante, y hemos de procurar divertirnos.

Sheila Wolf miró hacia abajo.

- Comandante...
- ¿Qué?
- Ya me está tocando la pierna otra vez.

Texman sonrió.

- ¿Te molesta que te acaricie?
- Me sorprende, más bien.

— ¿Por qué?

- Nos conocemos hace tiempo, y usted jamás intentó..
- Un comandante debe respetar a todos los miembros de su tripulación; especialmente, a las mujeres.

- ¿Y por qué me ha perdido el respeto ahora?
- Porque no estamos en la astronave, sino en una fiesta. Y no vestimos de uniforme, sino...

—Oh, con qué es eso, ¿eh?

— ¿El qué?

- Mi atrevida vestimenta lo que le ha excitado.
- Te equivocas — sonrió de nuevo Texman —. Fue tu beso lo que me hizo mirarte de un modo distinto.
- ¿Mi beso...?
- El que me diste en la fiesta de Fin de Año.
- Todas las chicas de la tripulación le besaron, comandante — recordó Sheila.
- Pero no como tú.
- ¿Qué quiere decir?

Sheila Wolf se quedó sin saber, al menos por el momento, lo que Rick Texman quería decir, pues Halmar requirió la atención del comandante terrestre,

- Comandante Texman...
- ¿Sí, jefe Halmar?
- No puedo dejar de pensar en lo que dijiste antes.
- ¿A qué te refieres?
- ¿Por qué piensas que Tuka no es el responsable de lo sucedido?
- ¿Te parece lógico a ti que intentara matarme, Halmar?
- No, claro que no.
- A mí tampoco. Por eso sospecho que cumplía órdenes.

Halmar arrugó la cara.

- ¿Cumplir órdenes...?
- Sí.
- ¿De quién?
- Eso es lo que quiero averiguar.
- No pensarás que yo. .

Texman sonrió.

- Por supuesto que no. Tú eres un hombre de nobles sentimientos, Halmar.
- ¿Telgor?

— ¿Qué?

- ¿Sospechas de él?

El silencio de Rick Texman fue significativo.

Halmar no hizo ningún comentario al respecto.

A Texman le dio la impresión de que el jefe supremo del Imperio Dagma no rechazaba totalmente la posibilidad de que todo hubiera sido urdido por su lugarteniente.

Tuka había sido retirado por dos hombres de Kracma-1 y ahora, en el centro de la gran sala, cinco equilibristas, todos ellos varones, realizaban difíciles ejercicios.

Rick Texman pensó que era el momento de relevar a Will Gabor y a los otros tres hombres que quedaran en la astronave.

Dio a Cliff Eliot, su segundo, los nombres de los cuatro hombres que debían relevarlos, y pidió a éste que los acompañara a la astronave y regresara con Will y los otros.

Eliot llamó a los cuatro hombres designados por su comandante y se fue con ellos.

Telgor, al verlos salir, sonrió veladamente.

Su segundo plan había fracasado, pero el primero no, y se regocijaba interiormente al pensar en la cara que pondría el condenado comandante terrestre cuando se le informara de que...

Sí.

Iba a ser tremendamente divertido.

* * *

Rick Texman había vuelto a mostrarse atrevido con Sheila Wolf.

La hermosa morena, sin denotar enfado por las intentonas de su comandante, dijo:

- Tiene usted las manos muy largas, comandante Texman.
- Me gusta acariciarte, Sheila.
- No debería permitírselo.

— ¿Por qué?

- No está bien. Usted no siente nada por mí.
- ¿Y tú cómo lo sabes?
- Ya se lo dije antes. Nos conocemos hace tiempo y usted jamás se fijó en mí.
- Si me hubieras besado antes, antes hubieran despertado mis sentimientos hacia ti.

Sheila rió.

- Vamos, no me diga que con un solo beso he logrado que se enamore usted de mí... —repuso coquetamente.
- ¿Tan imposible te parece?
- Sí, me lo parece.
- Pues ha ocurrido.
- No le creo. Lo dice usted para que le permita seguir acariciándome.
- Yo nunca miento. Sheila.
- Perdón, comandante —carraspeó la joven—. No pretendía llamarle embustero.
- Tenemos que seguir hablando de esto, Sheila. Pero a solas.
- ¿No será peligroso? — sonrió ella, pícaramente.
- ¿Por qué?
- Si delante de tanta gente, se muestra usted tan atrevido, ya me dirá a solas...

Texman sonrió,

- No me como a las mujeres, puedes estar tranquila.
- A más de una le encantaría ser comida por usted, no crea.
- ¿Ah, sí...?
- En su tripulación hay algunas chicas enamoradas de usted. ¿No lo sabía?
- No, no lo sabía.
- Pues ya está enterado.

Texman la miró fijamente.

- ¿Estás tú entre ellas, Sheila?
- Me niego a responder a eso.
- ¿Por qué?

- Es una pregunta demasiado directa, caray. Si le interesa saberlo, averígüelo usted.
- Lo averiguaré, Sheila.

En aquel momento regresó Cliff Eliot, pero no acompañado por los hombres que quedaran en la astronave, sino por los que tenían que haber relevado a éstos.

Por la expresión de su segundo, Rick Texman supo que algo grave había ocurrido.

El comandante de la «Mercurio-2000» se puso en pie.

- ¿Qué pasa, Cliff?
- En la astronave no hay nadie, comandante — informó Eliot.
- ¿Qué?
- Will, Chad, Errol y Jackson han desaparecido. En la astronave hay cuatro bandejas con manjares como éstos. ¿Qué le dice eso, señor?

Texman apretó los dientes y miró al lugarteniente de Halmar.

- Que Telgor tiene mucho que ver en la desaparición de nuestros compañeros, Cliff.
- Es un mal bicho, no hay duda — masculló Eliot.
- Yo averiguaré lo que ha pasado — prometió Texman.
- ¿Qué ocurre, comandante Texman? — preguntó Halmar, que no había podido escuchar lo que hablaban los dos terrestres.

Texman le informó de la desaparición de los cuatro hombres que dejara vigilando la astronave.

- No te preocupes, comandante Texman. Telgor se ocupará de encontrarlos.
- Prefiero buscarlos yo, Halmar.
- Tú no conoces la ciudad, comandante. A Telgor le llevará mucho menos tiempo que a ti dar con ellos. — Halmar miró a su lugarteniente—. Ve en su busca, Telgor. Y tráelos aquí. El comandante Texman quiere saber por qué abandonaron la astronave.
- Sí, Gran Halmar.
- También quiero saber quién y por qué les llevó comida y bebida a la astronave — dijo Texman.
- Fue idea mía, comandante Texman — confesó Telgor—. Pensé que no era justo que esos cuatro hombres no gozasen ni

siquiera un poco de la fiesta, y ordené a cuatro de nuestras mujeres que les llevasen algunos manjares.

- Ya suponía que había sido cosa tuya, Telgor.
- ¿Hice mal, comandante?
- Debiste consultar antes conmigo, Telgor.
- Lo pensé, pero como en ese momento tú y tus hombres os estabais cambiando de ropa...
- Pues haber esperado.

Halmar intervino:

- No existe motivo para enfadarse, comandante Texman. Telgor obró de buena fe, al ordenar que les llevaran algunos manjares a tus hombres. El no tiene la culpa de que ellos abandonaran la vigilancia de la astronave.
- Pues alguien debe tenerla, porque estoy seguro de que mis hombres no abandonaron la astronave por su propia voluntad.
- Lo sabremos en cuanto los encontremos. Ve por ellos, Telgor — ordenó Halmar.

Telgor abandonó la sala raudamente.

Unos minutos después, estaba de vuelta.

Y venía acompañado de varios guardias de seguridad.

- Soy portador de malas noticias, Gran Halmar — adelantó gravemente.

Rick Texman empezó a temerse lo peor.

- Habla, Telgor — ordenó Halmar.
- Se trata de los cuatro terrestres. Los guardias de seguridad los prendieron.
- ¿Qué...? — exclamó Texman.
- ¿Por qué los prendieron, Telgor? ¿Qué delito cometieron? — interrogó Halmar.
- Intentaron abusar de las muchachas que les llevaron los manjares. Ellas gritaron. Los guardias de seguridad acudieron rápidamente. Fueron atacados por los terrestres, y no tuvieron más remedio que defenderse. Lograron reducir a los terrestres y los encarcelaron.
- ¡Mientes, maldito! — rugió Cliff Eliot, y se lanzó como una fiera sobre el lugarteniente de Halmar, cuyo cuello aprisionó con sus manos.

CAPITULO IX

Telgor cayó al suelo.

Cliff Eliot quedó sobre él, y comenzó a apretarle el azulado gaznate.

— ¡Suéltalo, Cliff! — ordenó Rick Texman, lanzándose sobre su segundo.

Uno de los guardias de seguridad debió pensar que el comandante terrestre también deseaba ajustarle las cuentas a Telgor, y le propinó un duro golpe en la cabeza con el extraño fusil que portaba.

Texman emitió un gemido y quedó como muerto en el suelo.

A partir de este momento, los acontecimientos se sucedieron con vertiginosa rapidez.

Si el ataque de Cliff Eliot a Telgor hizo entrar en acción a los guardias de seguridad de Kracma-1, la agresión de uno de éstos al comandante Texman hizo que los miembros de la tripulación de la «Mercurio-2000» decidieran actuar también.

Buddy Acker fue el primero en desenfundar su pistola de rayos «Betta».

Una fracción de segundo después, Jeremy Hawley esgrimía la suya.

Los demás también echaron mano de sus armas, incluidas las mujeres.

El pelirrojo Buddy vio que el guardia de seguridad que había dejado sin sentido a Rick Texman se disponía a repetir su acción, tomando ahora como blanco la cabeza de Cliff Eliot, de quien, al parecer, no conseguía librarse el lugarteniente de Halmar.

Buddy apuntó al tipo y accionó el disparador de su arma.

De la pistola brotó un rayo amarillento, el cual alcanzó en el pecho al guardia de seguridad.

El tipo se quedó rígido al instante.

Absolutamente paralizado.

Por su propio peso, se vino abajo.

Cayó como una pared.

Todo de una pieza.

Y en el suelo quedó, con los ojos abiertos, en la misma posición en que había sido alcanzado por el rayo de efectos paralizantes.

Buddy Acker no tuvo tiempo de apretar nuevamente el gatillo, pues uno de los guardias de seguridad hizo funcionar su extraño fusil, tomando como blanco al pelirrojo.

El cañón del fusil emitió un rayo rojizo.

Buddy lanzó un grito y se derrumbó, quedando inmóvil en el suelo, los ojos cerrados.

— ¡Buddy! — chilló Virginia Benton, angustiada, justo en el momento en que Jeremy Hawley utilizaba su arma contra el guardia de seguridad que había puesto fuera de combate al simpático pelirrojo.

El negro no erró su disparo y el guardia quedó paralizado, cayendo seguidamente al suelo.

Telgor ya había conseguido quitarse de encima al encolerizado Cliff Eliot.

El lugarteniente de Halmar extrajo velozmente su pistola.

Apuntó a Eliot.

Este intentó desenfundar la suya.

Le hubiera sido muy difícil anticiparse en el disparo a Telgor.

Afortunadamente para él, Sheila Wolf intervino.

La pistola que la hermosa morena empuñaba despidió un rayo «Betta» y Telgor resultó alcanzado por él, quedando instantáneamente paralizado.

Pero también Sheila resultó alcanzada por el rojizo rayo lanzado por uno de los guardias de seguridad.

La joven dio un grito y cayó como fulminada.

Cliff Eliot paralizó a otro guardia de seguridad de Kracma-1, pero tampoco él pudo librarse de ser alcanzado por uno de los rayos rojizos que brotaban de los extraños fusiles.

Jeremy Hawley también cayó.

Y Gloria Quincey.

Y Virginia Benton.

Y todos los demás.

Habían aparecido más guardias de seguridad, y los bravos terrestres, inferiores en número y sin poder recibir órdenes de su comandante, no pudieron hacerles frente con éxito.

CAPITULO X

Rick Texman abrió los ojos.

Se encontró en una lúgubre estancia.

No estaba solo.

Cliff Eliot, Will Gabor, Chad, Errol y Jackson se hallaban también en aquel siniestro lugar.

Sentados en el suelo, con las manos atadas a la espalda, y vigilados por varios guardias de seguridad.

El se encontraba de pie.

Contra la pared.

Las muñecas cercadas por gruesos grilletes, lo cual le obligaba a mantener los brazos en alto y separados. También en los tobillos le hablan puesto grilletes.

En el centro de la siniestra estancia, se hallaba Telgor.

Junto al lugarteniente de Halmar, se encontraba Buko, el luchador que fuera derrotado por Tuka.

Y Buko sostenía en sus manos una enorme hacha.

Rick Texman sintió un escalofrío, pues era fácil adivinar la misión de Buko y de la terrorífica hacha: cortar cabezas.

Por si hubiera alguna duda, allí estaba, delante del luchador, el siniestro pilón donde las víctimas apoyaban la cabeza y esperaban, resignadas, la caída del hacha.

Telgor sonrió maquiavélicamente y dijo:

— Estábamos esperando que te despertaras, comandante Texman. Las ejecuciones no podían empezar sin ti. Quiero que las presencies.

- ¿De qué estás hablando? — preguntó Texman, roncamente.

Telgor miró un instante a los cinco terrestres que estaban sentados en el suelo, en un rincón de la estancia.

- Estos cinco hombres van a morir, comandante.
- ¿Morir...?
- Sí. Decapitados. Es la pena que se impone en el Imperio Dagma a aquellos hombres que intentan abusar de una mujer, tanto si logran culminar sus propósitos como si no. También se aplica la misma sentencia a quienes tienen la osadía de atacar al Gran Halmar o a mí, su lugarteniente y futuro sucesor. Y eso fue lo que hizo tu segundo: atacarme.
- ¡Tú estás loco, Telgor! — rugió Texman, los puños rabiosamente apretados.

El lugarteniente de Halmar endureció los músculos faciales.

- No me insultes, comandante, o tu cabeza rodará también — amenazó.
- ¿Dónde está Halmar? ¡Quiero hablar con él!
- Eso no es posible, comandante. El Gran Halmar está descansando, y no se le puede molestar.
- ¡El no puede estar de acuerdo con esto!
- ¿Con las ejecuciones...?
- ¡Sí!
- Lo está, comandante Texman. Son las leyes del Imperio Dagma. Tus hombres han cometido delitos que se castigan con la pena de muerte, y tienen que morir.
- ¡No te creo, Telgor! ¡Halmar no está enterado de esto! ¡Obras por tu cuenta!

Telgor rió.

- Piensa lo que quieras, terrestre.
- ¡Halmar te castigará cuando sepa lo que has hecho!

Telgor volvió a reír.

- No seas ingenuo, comandante. Soy su lugarteniente, el futuro esposo de su hija, la bella Amara, su sucesor...
- ¡Una hiena, eso es lo que eres! —espetó Texman, rojo de ira y de impotencia, pues ya había tanteado la resistencia de los grilletes que le sujetaban los brazos, y sabía que jamás lograría arrancar las cadenas que permanecían clavadas a la pared, por mucho que se esforzara.

Telgor atirantó de nuevo los músculos del rostro.

- Conque una hiena, ¿eh? — masculló.
- ¿Sabes lo que es una hiena, Telgor?
- No.

— ¡Un animal que se alimenta especialmente de carroña! ¡Sucio, asqueroso y traicionero!

- ¡Tú lo has querido, terrestre! — relinchó Telgor, y arrebató el hacha a Buko, al cual dio una orden.

El fornido luchador se acercó al comandante terrestre y le agarró por el pelo, obligándole a doblar la cabeza sobre su pecho.

Telgor se aproximó a Rick Texman y levantó la pesada hacha, dispuesto a descargarla sobre su cuello

Texman, que nada podía hacer por evitar que el lugarteniente de Halmar le decapitase, encomendó su alma a Dios.

Telgor descargó el hacha, con todas sus fuerzas.

Rick Texman sintió un agudo dolor en el cuello.

Y hasta le pareció oír el chasquido.

Lanzó, un grito.

Esto, el grito, fue lo que hizo que se despertara

Pero de verdad, no como antes.

Se encontró tendido de espaldas sobre una mullida cama, de forma circular, la cual se hallaba en el centro de una lujosa estancia, llena de preciosos cortinajes y con muchos espejos.

La bella Amara estaba junto a él, sentada en la cama, y le miraba, visiblemente preocupada.

- Comandante Texman...

Rick Texman se tocó la nuca.

- ¿Dónde estoy? — preguntó nerviosamente.
- En mis aposentos — respondió Amara.
- ¿Cómo he llegado aquí?
- Dos guardias de seguridad te trajeron.
- ¿Antes o después de que Telgor me cortara la cabeza?

- ¿Cómo? — pestañeó la joven.
- Tenía un hacha enorme en las manos, y la descargó sobre mi cuello. Sentí cómo el hacha me decapitaba.

Amara sonrió con suavidad.

- Has debido sufrir una pesadilla, terrestre.
- ¿Una pesadilla?
- Uno de los guardias de seguridad te golpeó en la cabeza con su fusil y te dejó inconsciente. ¿No lo recuerdas?

Texman se llevó la mano al lugar exacto donde el arma del guardia de seguridad temó contacto con su cráneo, y descubrió la hermosa protuberancia que allí se había formado.

Al rozarla con sus dedos, sintió un agudo pinchazo, el cual le arrancó un ahogado gemido.

- Sí, empiezo a recordar. —murmuró, sin abandonar el gesto de dolor —. Uno de mis hombres saltó sobre Telgor y le derribó. Yo traté de separarles, y... No recuerdo más. ¿Qué sucedió después, Amara?

Ella se lo refirió.

- ¿Dónde está mi gente? — interrogó Texman.
- Están todos encarcelados — respondió Amara.
- ¿No hay nadie herido?
- No, todos están bien.
- ¿Y tu padre, dónde está?
- Tratando de averiguar la verdad.
- Mis hombres no intentaron abusar de vuestras muchachas, estoy seguro. Es una vil patraña de Telgor
- ¿Por qué razón iba a mentir Telgor?
- Nos odia, Amara. No sé por qué, pero nos odia. A todos. Y a mí, más que a ninguno.
- ¿Discutiste con él cuando acudió a recibiros?
- No se puede llamar discusión a lo que sucedió, aunque tampoco fue una conversación cordial, desde luego.
- ¿Qué pasó?
- A Telgor le molestó que viniésemos a la fiesta armados.
- A mi padre, no.
- Tu padre es distinto, Amara. Es noble y tiene buenos sentimientos.
- ¿Y te parece que Telgor no?

- Lamento decirlo, porque sé que va a casarse contigo y será el sucesor de tu padre, pero Telgor es un mal. tipo.

La hija de Halmar bajó la mirada y no replicó.

- ¿Tú le quieres, Amara? — preguntó Texman.

Ella alzó los ojos y le miró.

- No te entiendo, terrestre.
- Pregunto si estás enamorada de él, si le deseas...
- Es sano y fuerte. Y muy inteligente. Mi padre lo escogió como su sucesor, y tengo que casarme con él
- ¿Tienes...?
- Si no me caso con Telgor, él no podrá ser el sucesor de mi padre. Son las leyes del Imperio Dagma — explicó la joven.
- Pues no me parece justo, Amara. Tú tienes derecho a escoger al hombre que ha de ser tu esposo.
- Yo acato las decisiones de mi padre.
- No me has respondido a la pregunta que te hice.
- ¿Qué pregunta?
- ¿Te gusta Telgor? ¿Piensas que serás feliz con él?

Amara volvió a bajar la mirada.

- No lo sé, terrestre.
- Si tienes dudas, es que no le quieres.
- Sólo Telgor me ha besado, sólo sus manos han acariciado mi cuerpo... Nadie más puede hacerlo.
- Entiendo. No has tenido ocasión de comparar. Si hubieras tratado íntimamente a otros hombres, tal vez...
- Telgor los hubiera matado. Sólo él tiene derecho a intimar conmigo.
- Es un derecho absurdo. Aún no eres su esposa.
- Pero lo seré muy pronto.
- Haz lo que quieras, Amara, pero mi consejo es que no te cases con Telgor, si no tienes la seguridad de estar enamorada de él.
- Agradezco tu consejo, comandante Texman, pero no son consejos lo que necesito, sino ayuda.
- ¿Ayuda?

Amara dio una cabezadita.

- ¿Qué clase de ayuda? — preguntó Texman.
- Necesito que otro hombre me bese y me acaricie.

Texman respingó levemente.

- ¿Estás... estás pensando en mí, Amara?
- Sí.
- Me temo que no va a poder ser — carraspeó nerviosamente Texman...
- No me importa que tengas pelo en la cabeza y en el pecho. Ni que tu piel no sea azulada. Eres alto y fuerte, y tus facciones son agradables. No me desagradará que me estreches entre tus brazos.
- Tampoco a mí me desagradaría abrazarte, pero
- Sólo tú puedes hacerlo, terrestre. Ningún hombre de Kracma-1 se atrevería a rozarme siquiera, pues todos saben que estoy prometida a Telgor, y él los mataría si lo intentaran.
- ¿Y qué quieres, que me mate a mí?
- Telgor nunca sabrá que me has besado y acariciado, porque yo no se lo diré. Tampoco se lo diré a mi padre.
- Amara...
- Eres mi única esperanza, terrestre. Si no haces lo que te pido, me uniré a Telgor sin saber qué hubiera sentido en brazos de otro hombre. Y no quiero que eso suceda. Deseo poder comparar, como tú dices. Si tus besos y tus caricias son más torpes que los de Telgor, y me producen menos placer, me casaré con él sin sentir ninguna pena.
- ¿Y... si fueran más hábiles?
- Entonces, hablaré con mi padre y le diré que no deseo casarme con Telgor, que él no sabe hacerme lo suficientemente feliz.
- Me gustaría complacerte, pero tal como están las cosas...
- Te lo suplico, terrestre. Tómame entre tus brazos — insistió Amara, echándole los brazos al cuello y pegándose materialmente a él.

Rick Texman sintió que los adornos metálicos que cubrían las puntas de los senos de la joven se clavaban en su pecho.

También sintió más cosas.

A cuál de ellas más excitante.

No obstante, intentó una vez más rechazar a la hermosa muchacha.

- Amara, por favor... Podría sorprendernos alguien, y…
- No temas, terrestre. Nadie nos sorprenderá — aseguró

ella, y le empujó.

- Amara...—pronunció quedamente Texman.

Ella le cubrió la boca con la suya, en apasionado beso.

Las manos de Rick Texman, que se habían posado en los costados femeninos, con intención de apartar suavemente a la muchacha, abandonaron la idea al tiempo que sus labios correspondían a los de Amara.

CAPITULO XI

Halmar se dirigía a la celda donde habían sido encerrados los cuatro terrestres que, según informara Telgor, intentaron abusar de las muchachas que les llevaron los manjares.

El jefe supremo del Imperio Dagma iba solo.

Telgor había sido llevado a sus habitaciones y depositado en su cama, donde permanecería hasta que desapareciesen por completo los efectos del rayo paralizante que le dejara fuera de la lucha.

La celda en la que se hallaban los cuatro terrestres estaba custodiada por dos guardias de seguridad.

El resto de los terrestres, los que habían intervenido en la lucha que tuvo lugar en la fiesta ofrecida por Halmar, se hallaban encerrados en otras dos celdas contiguas, igualmente custodiados por sendas parejas de guardias de seguridad.

Halmar se detuvo frente a la celda donde permanecían encerrados Will Gabor, Chad, Errol y Jackson, y ordenó a los guardias de seguridad que abriesen la puerta.

La celda fue abierta y Halmar penetró en ella.

Los cuatro terrestres estaban sentados en el suelo, la espalda contra la pared, la cabeza doblada sobre el pecho, las manos sobre las sienes.

A primera vista, parecían recién salidos de una borrachera.

Sí.

Se diría que estaban sufriendo los efectos de una juerga sonada.

Al oír entrar a Halmar, levantaron pesadamente la cabeza.

El jefe supremo de Kracma-1 los observó fijamente, en silencio.

Los cuatro tenían la mirada turbia.

Will Gabor, el piloto de la «Mercurio-2000», con voz balbuceante, inquirió:

— ¿Qué ha pasado, jefe Halmar? ¿Por qué nos tienen encerrados aquí?

- Eso he venido a averiguar, terrestres — respondió Halmar.
- Nosotros estábamos en nuestra astronave, vigilando...
- Lo sé.
- Telgor nos envió cuatro muchachas, con exquisitos manjares...
- También eso lo sé.
- Comimos, bebimos, y...

— ¿Y...?

Will Gabor se apretó la frente,

- No consigo recordar nada más.
- ¿Seguro?
- Sí, no puedo. Me duele mucho la cabeza.
- ¿Tampoco vosotros recordáis lo que sucedió después? — interrogó Halmar, mirando a Chad, Errol y Jackson.

Los tres movieron ligeramente la cabeza, en sentido negativo.

- ¿Tampoco usted sabe lo que pasó, jefe Halmar? — preguntó Gabor.
- Tengo una versión de los hechos — respondió Halmar.
- Háblenos de ella, por favor.

Halmar íes dijo lo mismo que Telgor le dijera a él.

Los terrestres, boquiabiertos, se miraron unos a otros.

- ¿No tenéis nada que decir, terrestres?

Fue Will Gabor quien respondió:

- Esa historia es falsa, jefe Halmar.
- ¿Cómo podéis afirmarlo, si no recordáis lo que pasó?
- Ninguno de nosotros sería capaz de abusar de una muchacha. O miente Telgor, o mienten los guardias de seguridad. Hable con las muchachas que nos trajeron los manjares. Ellas le dirán que nosotros no intentamos forzarlas en ningún momento. Si hubo besos y caricias, fue con su pleno consentimiento.
- Sí, hablaré con ellas — prometió Halmar.
- ¿Sabe ya nuestro comandante qué...?
- Sí, lo sabe.
- El no habrá creído esa historia, ¿verdad?
- No, supongo que no.
- ¿Sólo lo supone...?
- Lo sucedido en la astronave provocó un serio incidente en la fiesta. El comandante Texman sufrió un golpe en la cabeza y perdió el sentido. Hablaré con él cuando se recupere.

Will Gabor y sus compañeros se alarmaron.

- ¿Qué pasó, jefe Halmar? — preguntó el piloto.
- Ahora no tengo tiempo para explicaciones, terrestres— respondió el jefe supremo del Imperio Dagma, y abandonó la celda, cuya puerta fue cerrada inmediatamente por los guardias de seguridad.

* * *

Halmar penetró en la gran cocina donde habían sido preparados

los manjares para la fiesta que él ofreciera a los terrestres, y que tan lamentable final tuvo.

Y aún pudo tenerlo peor, si los guardias de segur: dad no hubieran disparado sus fusiles al mínimo de su potencia, pues entonces, en lugar de ocasionar el simple desvanecimiento de los terrestres, los hubieran desintegrado.

El jefe de la cocina se acercó rápidamente al jefe supremo de Kracma-1, ante quien inclinó la cabeza respetuosamente.

- Gran Halmar...
- ¿Quiénes fueron las muchachas que llevaron algunos manjares a los cuatro terrestres que quedaron vigilando su astronave? — interrogó Halmar.

El encargado de la cocina le dio los nombres de las muchachas, al tiempo que las señalaba con el brazo.

- Que vengan aquí inmediatamente — ordenó Halmar—. Quiero hablar con ellas.

El jefe de la cocina llamó a las muchachas y éstas acudieron presurosas, sin poder disimular su nervio sismo.

Se inclinaron ante el jefe supremo del Imperio Dagma.

Halmar ordenó al jefe de la cocina que se alejara

Este obedeció al instante.

Halmar miró severamente a las muchachas, una por una.

El nerviosismo de las chicas se acentuó.

- Quiero que me digáis la verdad. Si lo hacéis, recibiréis un castigo leve. Si mentís, y yo logro averiguar lo que pasó realmente en la astronave terrestre, el castigo que recibiréis será largo y doloroso.

Las cuatro muchachas se estremecieron a la vez

Halmar continuó:

- Telgor me dijo que los cuatro hombres terrestres que vigilaban la astronave, intentaron abusar de vosotras, y que vosotras empezasteis a gritar, lo que hizo que acudieran los

guardias de seguridad, quienes fueron atacados por los terrestres. ¿Es cierto eso?

Las asustadas muchachas se miraron entre sí, como preguntándose cuál de ellas debía responder y qué debían responder.

Su temor estaba plenamente justificado.

Si respondían con la verdad, Telgor las castigaría duramente.

Si mentían al Gran Halmar, y éste lograba descubrir que todo formaba parte de un plan urdido por Telgor, el castigo que el jefe supremo del Imperio Dagma les infligiría también sería muy duro.

Halmar, adivinando lo que pensaban las atemoriza das muchachas, garantizó:

- Si me decís la verdad, no sufriréis castigo alguno por parte de Telgor. Será él quien sufra las consecuencias de su mala acción.

Esto hizo que una de las muchachas se decidiera a hablar, y confesó toda la verdad, siendo corroboradas sus palabras por las otras tres muchachas.

Halmar endureció el rostro.

- De modo que Telgor echó una droga en las bebidas, ¿eh? Con razón los terrestres no pueden recordar lo que sucedió poco después de que ellos tomasen esas bebidas... — murmuró, como si hablara consigo mismo.
- Telgor nos obligó a hacerlo, Gran Halmar — informó la muchacha que lo confesara todo—. Dijo que si nos negábamos, nos sometería a dolorosas torturas.

Las pupilas de Halmar despidieron un centelleo.

- Telgor se arrepentirá de lo que ha hecho — masculló, y abandonó la cocina con paso fuerte y raudo.

Halmar fue directamente a ver a Tuka, el luchador que intentara partirle la columna vertebral al comandante terrestre.

Tenía ya la absoluta certeza de que Tuka había actuado así cumpliendo órdenes de Telgor, pero quería que el luchador lo confesase.

Luego, ordenaría prender a Telgor.

Todavía no tenía pensado el castigo que le impondría, pero, desde luego, sería muy duro.

Por de pronto, ya no sería su sucesor.

No sería tampoco, por tanto, el esposo de Amara.

Sí.

Se había equivocado con él.

Telgor no era la clase de hombre que él creía.

No podía ser el futuro jefe supremo de Kracma-1 y del Imperio Dagma.

Halmar se detuvo un instante frente al cuarto de Tuka y luego entró en él.

El luchador, que ya había recobrado el sentido, se hallaba tendido en su cama, y recibía los cuidados de una muchacha, la cual se puso en pie e inclinó la cabeza al ver entrar al Gran Halmar.

Tuka, que tenía los ojos cubiertos por unas gasas, preguntó:

- ¿Quién ha entrado?
- Yo, Tuka — respondió Halmar.

El luchador respingó sobre la cama.

- ¡Gran Halmar! — exclamó.
- Tenemos que hablar, Tuka — dijo el jefe supremo de Kracma-1 —. Déjanos solos — ordenó a la muchacha.

La joven se apresuró a abandonar el cuarto.

Halmar dijo:

- ¿No adivinas a qué he venido, Tuka?
- No, Gran Halmar... — respondió el luchador, visiblemente nervioso.
- ¿Por qué quisiste matar al comandante terrestre? — interrogó Halmar, en tono duro.

El luchador se arrugó en la cama.

- No era esa mi intención, Gran Halmar.
- No mientas. Todos vimos cómo intentabas quebrarle la espina dorsal. Si él no llega a meterte los pulgares en los ojos, hubiera muerto pocos segundos después.
- No sabía lo que hacía, Gran Halmar... El terrestre me había golpeado varias veces, y me estaba poniendo en ridículo, pues yo no conseguía alcanzarle a él ni una sola vez. Eso me enfureció tanto que...
- ¡Basta ya de mentiras, Tuka! Estoy enterado de todo. Sé que lo de retar a un terrestre fue idea de Telgor, y que él te ordenó matar al que aceptara tu «amistoso» desafío.

El luchador se arrugó aún más que antes.

- ¿Lo ha... confesado él? — preguntó, con voz ahogada.
- No, pero lo confesará. No tendrá más remedio. Tengo pruebas de que ha querido perjudicar a los terrestres de varias maneras. Y va a pagarlo muy caro. También tú recibirás un duro castigo, Tuka.
- ¡Telgor me lo ordenó, Gran Halmar!
- Ya sé que te lo ordenó. Pero debiste negarte.
- ¡A Telgor no se le puede negar nada, Gran Halmar! ¡Es duro y cruel! ¡Quien no cumple su voluntad, lo paga muy caro!

Halmar apretó los puños con rabia.

- Cómo he podido estar tan ciego... — masculló.

Dio media vuelta bruscamente y salió del cuarto.

Poco después, ordenaba que Telgor fuera prendido.

Halmar ignoraba que esto no iba a resultar sencillo.

Más bien difícil.

Y muy peligroso...

CAPITULO XII

Rick Texman se separó de la bella Amara, con cierta brusquedad.

Ella le miró.

- ¿Qué ocurre, terrestre?
- No puedo seguir aquí, Amara — dijo Texman, y se levantó de la cama.
- Comandante... —musitó la muchacha, desilusionada.
- Tengo que reunirme con mi gente, cerciorarme de que todos están bien, hablar con tu padre...
- Mi padre vendrá aquí cuando haya averiguado la verdad.
- Yo le ayudaré a averiguarla.
- No podrás, terrestre. Mis aposentos están custodiados por guardias de seguridad, y tienen orden de no dejarte salir.
- ¿Quién dio esa orden?
- Mi padre.
- Vaya. Y yo que pensé que él confiaba en mí — gruñó Texman.
- Y confía.
- Bonita forma de demostrarlo.
- Sólo quiere evitarte problemas. Podrías encontrarte con Telgor y...
- Nada me agradaría más — masculló Texman, endureciendo las facciones.
- ¿Lo ves? Estás deseando pelear con Telgor. Eso es lo que mi padre trata de impedir.
- No creo que lo consiga, Amara. Telgor y yo acabaremos frente a frente, lo sé.
- Si fuera así, deseo que venzas tú.

Rick Texman suavizó la expresión.

- ¿Lo dices sinceramente?
- Sí. He sido feliz en tus brazos. Tus besos y tus caricias me

han proporcionado sensaciones desconocidas y maravillosas. Telgor es rudo y violento. A veces me hace daño. Tú, en cambio, sólo me has proporcionado placer. Un inmenso placer.

Texman sonrió.

- También para mí ha sido muy agradable, Amara.
- Ven... — pidió ella, tendiendo los brazos hacia él
- No, Amara.
- Acabas de decir que también para ti ha sido agradable...
- Y es cierto.

— Entonces, ¿por qué no quieres continuar?

- Tengo que salir de aquí. Ya te expliqué antes los motivos.
- No, si tú me ayudas.
- ¿Qué puedo hacer yo?
- Habla con ellos y diles que me dejen salir.
- No me harían caso.
- Inténtalo.
- Será inútil, terrestre.
- Por favor... —insistió Texman.

Amara sonrió maliciosamente.

- Lo haré si me das un beso.
- Te lo daré — sonrió Texman.

Se arrodilló en la cama y la besó en los labios.

Ella le cogió la mano y se la puso sobre el pecho

Era el modo más rápido y directo de pedirle que la acariciara al mismo tiempo que la besaba.

Texman no se hizo de rogar.

Amara se estremeció, acusando las hábiles caricias del comandante terrestre.

Pero éste abrevió el asunto.

Quería salir de allí.

Y pronto.

Se separó nuevamente de la bella hija de Halmar y dijo:

- He cumplido tus deseos, Amara. Ahora, cumple tú los míos.
- Los cumpliré, terrestre. Aunque te repito que los guardias de seguridad no me harán caso.
- Ya veremos.

Amara se colocó los adornos metálicos y saltó ágilmente del circular lecho.

Justo en el instante en que se dirigía hacia la puerta ésta se abrió, dando paso a Halmar.

Rick Texman no pudo reprimir un respingo.

«Conque nadie podía sorprendernos, ¿eh? — pensó—. Si llega a venir un par de minutos antes...»

El jefe supremo del Imperio Dagma sonrió.

- Me alegro de verte restablecido, comandante Texman.
- Gracias, jefe Halmar. ¿Has averiguado algo? — inquirió Texman.
- Todo.

Seguidamente, Halmar informó con detalle al comandante terrestre.

La satisfacción de Rick Texman era evidente.

También a Amara parecía complacerle mucho que Telgor hubiese resultado ser un mal tipo.

Comprensible.

Así ya no tendría que casarse con él.

Halmar explicó:

- Telgor era partidario de destruir vuestra astronave, cuando os acercabais a Kracma-1, y le contrarió mucho que yo decidiera esperar hasta el último segundo, con el fin de ver cómo reaccionabais vosotros. También le contrarió que os invitase a venir a Kracma-1. Por eso os recibió tan hoscamente, y luego intentó perjudicaros. Afortunadamente, su plan fracasó y ninguno de vosotros ha resultado lastimado. El ha sido el único perjudicado.

Amara intervino:

—Debemos estarles muy agradecidos a los terrestres, padre. Gracias a ellos, hemos descubierto cómo era realmente Telgor. Si no nos hubiésemos tropezado con ellos, yo me hubiera casado con Telgor y él hubiese sido tu sucesor.

- Hubiera sido terrible, sí — asintió Halmar.

En aquel momento se abrió la puerta y dos guardias de seguridad irrumpieron en la cámara, muy excitados.

Como hablaron con Halmar en su lengua, Rick Texman no pudo enterarse de lo que ocurría, aunque adivinó que se trataba de algo grave.

Halmar se volvió hacia él y se lo confirmó:

- Telgor, ayudado por algunos guardias de seguridad que le son fieles, ha logrado escapar. Han desintegrado ya a varios de los guardias que intentaron apresarles, aunque también ellos han sufrido algunas bajas. Debo ponerme al frente de mis hombres.
- Yo voy contigo, Halmar — se ofreció Texman.
- No tienes por qué arriesgar tu vida, terrestre.
- Te equivocas, Halmar. Telgor y yo tenemos una cuenta pendiente. Que me den un arma —pidió Texman, pues no tenía en la funda su pistola de rayos «Betta».
- Está bien, ven conmigo — accedió el jefe supremo de Kracma-1 —. Tú, Amara, no te muevas de aquí — ordenó a su hija.
- Ten mucho cuidado, padre — rogó la joven—. Y tú también, comandante Texman.
- Lo tendremos, no te preocupes—prometió Rick Texman.

El, Halmar, y los dos guardias de seguridad, abandonaron rápidamente las habitaciones de Amara.

Halmar se procuró un fusil de rayos desintegradores y entregó otro a Rick Texman.

Se lanzaron, junto con varios guardias de seguridad, todos ellos fieles al Gran Halmar, a la caza de Telgor y los guardias que habían ayudado a éste a escapar.

El enfrentamiento no tardó en producirse.

Los fusiles de rayos desintegradores entraron en acción, y como ninguno de ellos estaba a la mínima potencia, fueron varios los hombres que se convirtieron en humo, tanto de un bando como de otro.

Rick Texman desintegró a un guardia adicto a Telgor, al tiempo que se arrojaba de bruces al suelo, para esquivar los rayos enemigos.

Halmar eliminó a otro en su primer disparo, demostrando al comandante terrestre que también él tenía buena puntería.

Pero cometió el error de no arrojarse al suelo, y si no hubiera sido por Texman, que lo derribó de un empellón, el rayo enviado por Telgor le hubiera desintegrado.

Halmar perdió el fusil en su caída.

Pero salvó la vida, que era más importante.

Una vida que Telgor parecía decidido a cortar a toda costa.

El canalla apuntó de nuevo al jefe supremo del Imperio Dagma.

Rick Texman le apuntó a él, velozmente.

Sabía que Telgor no fallaría esta vez, así que no debía dejarle accionar el gatillo de su pistola.

Texman apretó el disparador de su fusil, cuando ya el dedo índice de Telgor presionaba el de su pistola.

El disparo del comandante terrestre resultó certero, y el cuerpo de Telgor se estremeció violentamente primero, y se desintegró después.

Fue el fin de la contienda, pues los guardias de seguridad que habían apoyado a Telgor, arrojaron sus armas al ver desintegrarse al lugarteniente de Halmar y se rindieron.

Los guardias de seguridad de Halmar los rodearon rápidamente.

Halmar, que ya se había puesto en pie, al igual que Texman, ordenó:

- ¡Encarceladlos a todos!

Sus hombres se apresuraron a cumplir la orden.

Halmar se volvió hacia Texman y dijo:

- Me has salvado la vida, comandante.
- Era Telgor quien merecía la muerte, no tú —repuso Texman.
- Estoy en deuda contigo, terrestre.
- No me debes nada, jefe Halmar. Lo que yo he hecho por ti, también lo hubieras hecho tú por mí.
- Sí, lo hubiera hecho — asintió Halmar, oprimiéndole el hombro—. Vamos, comandante Texman. Lo primero que debo hacer es devolver la libertad a tus hombres.

El jefe supremo de Kracma-1 y Rick Texman echaron a andar, sonrientes y felices.

EPILOGO

La «Mercurio-2000» ya hacía casi una hora que había despegado del aeropuerto de Kracma-1.

Rick Texman se encontraba en su camarote, sentado ante su mesa, sobre la cual se hallaban extendidas las valiosas cartas de navegación que le entregara Halmar, pertenecientes a varias galaxias.

- ¿No es fantástico, Cliff? Ni en cien viajes de exploración espacial hubiésemos logrado saber tanto sobre el Universo.

Cliff Eliot, que se hallaba de pie, junto a él, asintió:

- Es cierto, comandante. Ahora me doy cuenta de que tropezamos con esa asombrosa ciudad flotante fue providencial. Pasamos nuestros apurillos en ella, pero...

— Valió la pena, Cliff.

- ¿Y qué sabe del origen de los antepasados de Halmar y su gente, los hombres que construyeron Kracma-1?
- Se lo pregunté a Halmar, pero él no quiso hablar de ello. Por lo visto, es una historia muy triste.
- ¿Piensa usted que se vieron obligados a abandonar para siempre su planeta...?
- Sí, creo que sí. Seguramente, no había otro modo de salvar el Imperio Dagma que lanzarse al espacio y alejarse lo más posible de su planeta, de su sistema solar, de su galaxia...
- Debió ser duro para ellos.
- Sí, muy duro.

Eliot suspiró.

- Bien, comandante, si no me necesita usted para nada, vuelvo al puente de mando.
- Si te necesito, ya te llamaré.

Eliot fue hacia la puerta.

- Un momento, Cliff — rogó Texman.

Su segundo se volvió.

- ¿Sí, comandante...?
- Dile a Sheila Wolf que venga.

Eliot esbozó una sonrisa llena de malicia.

- Se lo diré.
- Espera.
- ¿Alguna cosa más, señor?
- ¿Por qué té sonríes?
- ¿Quién se sonríe?
- Tú,
- ¿Yo, señor...?
- ¡Anda, vete ya, socarrón del demonio! — gruñó Texman.
- Sí, señor — rió Eliot, y abandonó el camarote.

Un par de minutos después, entraba en él Sheila Wolf.

- ¿Quería usted verme, comandante?
- Sí.
- Pues aquí me tiene.

Rick Texman se puso en pie y se acercó a la hermosa morena,

- Tenemos que hablar, Sheila.
- ¿De qué?
- En la ciudad flotante te dije que me había enamorado de ti, y me parece que tú no me creíste.
- No, no le creí.
- ¿Qué tengo que hacer, para convencerte? — preguntó Texman, tomándola por la cintura.
- Demostrarme que siente por mí algo más que una simple atracción física.
- ¿Y cómo se demuestra eso?
- Usted sabrá.
- No tengo mucha experiencia, Sheila. Yo jamás he estado enamorado.
- ¿En serio...?
- Si, de veras. Hasta ahora, de las mujeres con quienes he compartido algunos momentos de mi vida, sólo me ha interesado su físico, su cuerpo más o menos apetecible. Esa es la razón de que siga soltero.
- ¿Se casaría usted conmigo, comandante...?

— Para eso te he hecho venir a mi camarote, Sheila, para pedirte que seas mi esposa. Y quiero decirte algo más: no pienso dejarte salir de aquí hasta que no me des una respuesta. Y, por supuesto, afirmativa.

Rick Texman, poco a poco, había obligado a Sheila Wolf a pegarse a él.

Ella le puso las manos en el pecho.

- Comandante, me estruja usted...
- Deseo estrujarte.
- ¿Qué pretende, obligarme a decir que yo también estoy enamorada de usted, y que me hace muy feliz su proposición?
- Sí, eso pretendo — sonrió Texman.
- Pues ya lo he dicho, hala.
- No lo he oído.
- Estoy enamorada de usted, comandante.
- Sigue.

- Y me hace muy feliz que quiera casarse conmigo.
- Sigue.
- Si ya lo he dicho todo.

— Falta lo más importante, Sheila. Corroborar con hechos esas palabras.

- ¿Me está pidiendo que le bese...?
- Sí. Y con la misma ternura que en la fiesta de Fin de Año.
- No era ternura, comandante. Era amor... — puntualizó Sheila Wolf, y tras deslizar sus manos hacia la nuca masculina, le besó como la otra vez.

Rick Texman volvió a sentir la misma maravillosa sensación de entonces, y se apresuró a devolverle el beso

Con muchas ganas.

Mientras la besaba, su mano derecha buscó el cierre del uniforme.

Lo encontró y tiró de él.

Sheila no protestó.

Ni entonces, ni cuando la mano de Rick se deslizó por la abertura del uniforme y le acarició el pecho.

Ella anhelaba sus caricias.

Las había anhelado mucho tiempo...

FIN